

COMUNIZAR

COMPILADO DE TEXTOS QUE REFLEXIONAN SOBRE
LA PANDEMIA DE COVID-19 DESDE UNA PERSPECTIVA
ANTICAPITALISTA NO AUTORITARIA



Compartimos aquí un compilado de textos que reflexionan acerca de la pandemia de Covid-19, desde una perspectiva anticapitalista y no autoritaria. Son textos que fueron generados en estos días, desde distintas geografías y por autores con diferentes puntos de vista. Tratan no sólo sobre la pandemia, sino también -y al mismo tiempo- sobre la crisis económica actual del capitalismo y la crisis del capitalismo, el papel de los Estados y, lo más importante, sobre la posibilidad de pensar un mundo otro, en el que quepan muchos mundos. Hoy, como nunca antes, la pregunta fundamental que nos hacemos es: ¿cómo salimos de esta locura de muerte que es el capitalismo? Es decir, cómo desde el presente, que es el despliegue de la Tormenta homicida capitalista (de la que hablaron ya los zapatistas en el año 2015), podemos dar forma a un mundo no capitalista, autodeterminado y abierto a todos los posibles.

Luis M. Bardamu

MARZO 2020

Todos los textos de esta compilación han sido publicados y están disponibles en línea en la página:

www.comunizar.com.ar

SIN RETORNO A LA NORMALIDAD: POR UNA LIBERACIÓN POSCORONAVIRUS

Max Haiven

Hoy, nuevas maneras de solidaridad, ayuda mutua y lucha común están surgiendo en la pandemia. ¿Cómo darán forma a las luchas de mañana por un mundo poscapitalista?

La llegada de la pandemia de COVID-19 a principios de 2020, que se desarrolla alrededor del mundo mientras escribo estas palabras, probablemente será recordada como un cambio de época. En este largo invierno, a medida que se cierran las fronteras, a medida que se multiplican los aislamientos y las cuarentenas, a medida que las personas sucumben o se recuperan, existe la fuerte sensación de que, cuando finalmente llegue la primavera, despertaremos en un paisaje drásticamente cambiado.

Aquellos que ahora estamos en aislamiento, a pesar de nuestro miedo y frustraciones, a pesar de nuestro dolor por los que han muerto o pueden morir, por la vida que una vez vivimos, por el futuro que alguna vez esperamos, también tenemos una sensación de que estamos encerrados, transformándonos, esperando, soñando. Es cierto: los horrores acechan el panorama global. Especialmente por la forma en que el virus pondrá en peligro a quienes, como sociedad, ya hemos abandonado o devaluado. Muchos de nosotros ya somos desechables. Muchos de nosotros estamos comprendiendo eso ahora, tal vez demasiado tarde. También está el peligroso desdibujamiento de la línea entre las medidas humanitarias y las medidas autoritarias. Y está la militarización geopolítica de la pandemia.

Pero cuando llegue la primavera, cuando salgamos de la hibernación, podría ser el momento de una profunda lucha global contra el impulso de «volver a la normalidad», la misma normalidad que preparó el escenario para esta tragedia, y la «nueva normalidad» que podría ser aún peor. Preparémonos lo mejor que podamos, porque tenemos un mundo que ganar.

La venganza de la nueva normalidad

Me imagino que las luchas por venir se definirán entre el intento desesperado de «volver a la normalidad» y por un gran rechazo a esa normalidad. Este no es un melodrama maniqueo.

Por un lado, habrá quienes busquen devolvernos al orden del capitalismo de venganza global al que nos habíamos acostumbrado, un sistema nihilista de acumulación global y, por otro lado, quienes busquen un orden que engendre el peor tipo de política de la venganza.

Por supuesto, debemos esperar la exigencia de que volvamos a la normalidad vengativa por parte de los beneficiarios de ese sistema -los ricos, la élite política-

que tienen todo para ganar en los negocios, como siempre. Pero también deberíamos esperarla por parte de millones de oprimidos, explotados y alienados, cuyas vidas, en ese sistema, se han reducido a una muerte lenta.

Después de meses de caos, aislamiento y miedo, el deseo de volver a la normalidad puede ser extremadamente fuerte, incluso si lo normal era un sistema abusivo. El escenario está preparado para que este deseo esté acompañado por un frenético revanchismo. ¿Queremos culpar a alguien, especialmente aquellos de nosotros que perdamos a seres queridos? ¿Debe haber sangre, sea ésta figurada o real? Una prueba de fuego para que el viejo orden, el mismo que creó las condiciones de austeridad y desigualdad que hicieron que esta plaga fuera tan devastadora, pueda renacer en forma purificada.

Por supuesto, las cosas nunca volverán a ser «normales»: los privilegiados y los ricos podrán tener esa ilusión, pero es seguro que esa ilusión se cargará sobre las espaldas de la gran mayoría, que trabajará más duro, durante más tiempo y por menos dinero. Las deudas de la pandemia, literales o figuradas, deberán ser pagadas.

Por otro lado, o tal vez al mismo tiempo, también podemos esperar que, entre los poderosos y entre el resto de nosotros, habrá llamados para rechazar el «retorno a la normalidad», y para abrazar algo incluso peor. Es probable que el caos y las muertes de la pandemia se atribuyan a demasiada democracia, a la libertad y a la empatía. Ahora que los Estados están flexionando sus músculos y tomando el control total de la sociedad, habrá muchos que no querrán bajarse del caballo. Todavía podremos ver, en esta crisis, un mayor uso de la fuerza represiva sobre los civiles, como ya se está utilizando con los migrantes y las personas encarceladas, y me temo que muchos lo verán como algo justificado, un sacrificio humano para alimentar a los Dioses del miedo.

A raíz de la pandemia, podemos estar seguros de que los fascistas y los reaccionarios tratarán de movilizar sus metáforas de pureza, purificación, parasitismo y contaminación -racial, nacional, económica- para imponer sus sueños de larga duración sobre la realidad. El romanticismo represivo de las fronteras, ahora más politizado que nunca, nos perseguirá a todos en los próximos años. Los «nuevos» autoritarios, ya sea que enfatizen el Estado totalitario o el mercado totalitario -o ambos- insistirán en que todos reconozcamos que ahora vivimos -aunque siempre hemos vivido- en un mundo despiadado y competitivo y deben tomar medidas para bloquear entradas y expulsar lo indeseable. En otras ocasiones, el autoritarismo puede llegar con sigilo, envuelto en la retórica de la ciencia, el liberalismo y el bien común.

Mientras tanto, es casi seguro que habrá esfuerzos por parte de los más ricos y empoderados en las últimas décadas, especialmente en los sectores tecnológicos y financieros, entrelazados, para aprovechar su influencia y recursos, así como la debilidad y el desorden de las instituciones tradicionales, para liderar la reorganización de la sociedad con políticas neo-tecnocráticas. Continuarán ofreciendo generosamente los servicios de sus poderosos e integrados imperios de vigilancia, logística, finanzas y datos, para «optimizar» la vida social y política.

Esta distopía corporativa puede tener un rostro humano: ingresos básicos, hipervigilancia para nuevas epidemias, medicina personalizada. Ya llega con regalos para ayudarnos en esta emergencia: rastrear vectores de enfermedades, prohibir la desinformación, ofrecer ayuda a los Estados con los datos y el manejo de la población.

Debajo de la máscara estará la reorganización de la sociedad para ajustarse mejor al meta-algoritmo hipercapitalista que, aunque impulsado por contradicciones capitalistas, será esencialmente neofeudal para la mayoría de nosotros: un mundo de datos y gestión de riesgos, donde solo un pequeño puñado disfruta de los beneficios. Nos dirán que es por nuestro propio bien.

Nuestra negativa a la venganza

Contra todos estos pronósticos fatídicos, habrá quienes rechacen volver a la normalidad o abrazar la «nueva normalidad», aquellos de nosotros que sabemos que «el problema con la normalidad es que empeora».

Ahora mismo, en el estado de emergencia que ha desatado la crisis, estamos viendo surgir medidas extraordinarias que revelan que gran parte de los reclamos de necesidad y austeridad del régimen neoliberal eran mentiras transparentes. El divino mercado ha caído. En diferentes lugares se están introduciendo una variedad de medidas que habrían sido inimaginables incluso hace pocas semanas atrás. Estas medidas incluyen la suspensión de alquileres e hipotecas, la provisión gratuita de transporte público, el despliegue de ingresos básicos, una pausa en el pago de las deudas, la orientación de hospitales privados y otra infraestructura que alguna vez fue pública hacia el bien público, la liberación de personas encarceladas y gobiernos que obligan a las industrias privadas a reorientar la producción hacia las necesidades comunes.

Escuchamos noticias de un número significativo de personas que se niegan a trabajar, que toman medidas laborales salvajes y exigen su derecho a vivir de manera radical. En algunos lugares, los infrautilizados se apoderan de las casas vacías.

Estamos descubriendo, contra el paradigma del valor capitalista que ha enriquecido a unos pocos a expensas de muchos, a personas cuyo trabajo es verdaderamente valioso: cuidados, servicios y trabajadores de la primera línea del sector público. Ha habido una proliferación de demandas radicales de políticas de atención y solidaridad, no solo como medidas de emergencia, sino a perpetuidad.

Los “Think tanks” (“Grupos de expertos”) de derecha y capitalistas están en pánico, temerosos de que medio siglo de cuidadoso trabajo ideológico para convencernos de la necesidad del neoliberalismo, la transformación de nuestras almas, se disipe en las próximas semanas y meses. El dulce sabor de la libertad - la libertad real e interdependiente, no la libertad solitaria del mercado- permanece en el paladar como un recuerdo olvidado hace mucho tiempo, pero rápidamente

se vuelve amargo cuando se retira su néctar. Si no defendemos estos logros materiales y espirituales, el capitalismo vendrá por su venganza.

Mientras tanto, los que permanecen en cuarentena y semiaislados están descubriendo y utilizando herramientas digitales, nuevas formas de movilización para brindar atención y ayuda mutua a quienes lo necesitan en nuestras comunidades. Lentamente estamos recuperando nuestros poderes perdidos de la vida en común, escondidos a la vista, nuestra herencia secreta. Estamos aprendiendo otra vez a convertirnos en una especie cooperativa, eliminando la piel claustrofóbica del *homo oeconomicus*. En la suspensión del orden capitalista de la competencia, la desconfianza y el ajetreo sin fin, nuestro ingenio y compasión resurgen como las aves a un cielo libre de smog.

Cuando llegue la primavera, la lucha será para preservar, mejorar, establecer redes y organizar todo este ingenio y compasión para exigir que no vuelva la normalidad y que no haya una nueva normalidad. En todo el mundo, en los últimos años, ha existido un nivel sin precedentes de movilización y organización de movimientos contra el capitalismo de venganza, a veces en torno a candidatos electorales -por ejemplo, Corbyn en el Reino Unido, Sanders en los Estados Unidos-, pero también en torno a luchas desde abajo: huelgas contra el necro-neoliberalismo en Francia, por el antiautoritarismo en Hong Kong, por la anticorrupción en el Líbano e Irak, por antiausteridad en Chile, del feminismo en México, luchas contra la gentrificación y la limpieza urbana en ciudades de todo el mundo, por la solidaridad con los migrantes en Europa, las luchas indígenas en Canadá, la lucha por el clima en todas partes.

Estas luchas anteriores a 2020, importantes por derecho propio, serán recordadas como los campos de entrenamiento para una generación a la que ahora le corresponde el peso de llevar adelante uno de esos puntos de inflexión que suceden cada tanto en la historia. Hemos aprendido a poner de rodillas a una economía capitalista mediante la protesta no violenta frente a una opresión abrumadora y tecnológicamente poderosa. Estamos aprendiendo cómo volvernos ingobernables por los Estados o los mercados.

Otra cosa importante: hemos aprendido nuevas formas de cuidarnos unos a otros sin esperar al Estado o las autoridades. Estamos redescubriendo el poder de la ayuda mutua y la solidaridad. Estamos aprendiendo cómo comunicarnos y cooperar de nuevo entre nosotros. Hemos aprendido cómo organizarnos y responder rápidamente, cómo tomar decisiones colectivas y asumir la responsabilidad de nuestro destino.

Al igual que los héroes de todas las buenas epopeyas, no estamos preparados, nuestro entrenamiento no se completó, pero el destino no esperará. Como todos los verdaderos héroes, debemos conformarnos con lo que tenemos: uno junto al otro y nada más.

A medida que el mundo cierra sus ojos para esta cuarentena extraña y onírica, salvo, por supuesto, para aquellos trabajadores de primera línea de la salud, los servicios y los cuidados que, al servicio de la humanidad, no pueden descansar, o

aquellos que no tienen un lugar seguro para soñar, debemos prepararnos para la vigilia. Estamos en la cúspide de un gran rechazo de un retorno a la normalidad y de una nueva normalidad, una normalidad vengativa que nos trajo esta catástrofe y que solo conducirá a una mayor catástrofe. En las próximas semanas, será hora de llorar y de soñar, de prepararse, aprender y conectarse lo mejor que podamos. Cuando termine el aislamiento, despertaremos en un mundo donde los regímenes competitivos de normalización vengativa estarán en guerra unos con otros, un momento de profundos peligros y también de oportunidades. Será un momento para levantarse y mirarse a los ojos.

En inglés: *Pluto Press*. Traducción al castellano para *Comunizar*: Catrina Jaramillo.

POLÍTICA ANTICAPITALISTA EN TIEMPOS DE CORONAVIRUS

David Harvey

Cuando trato de interpretar, comprender y analizar el diario flujo de noticias, tiendo a ubicar lo que está pasando con el trasfondo de dos modelos de cómo funciona el capitalismo, que son diferentes, pero se entrecruzan. El primer plano estriba en la cartografía de las contradicciones internas de la circulación y acumulación del capital como flujos del valor del dinero en busca de beneficio a través de los diferentes “momentos” (como los denomina Marx) de la producción, realización (consumo), distribución y reinversión. Se trata de un modelo de la economía capitalista como una espiral de infinita expansión y crecimiento. Se vuelve bastante complicado a medida que se va elaborando a través, por ejemplo, de las lentes de rivalidades geopolíticas, desiguales desarrollos geográficos, instituciones financieras, políticas de Estado y reconfiguraciones tecnológicas, y de la madeja siempre cambiante de las divisiones del trabajo y de las relaciones sociales.

Concibo este modelo, no obstante, como algo encastrado en un contexto más amplio de reproducción social (en hogares y comunidades), en una relación metabólica en curso y siempre en evolución con la naturaleza (incluida la “segunda naturaleza” de la urbanización y el medio construido) y toda suerte de formaciones culturales, científicas (basadas en el conocimiento), religiosas y sociales contingentes que crean las poblaciones humanas de manera característica a lo largo del espacio y el tiempo. Estos “momentos” incorporan la expresión

activa de aspiraciones, necesidades y deseos, el ansia de conocimiento y sentido y la búsqueda en evolución de satisfacción contra un trasfondo de cambiantes disposiciones institucionales, contestaciones políticas, enfrentamientos ideológicos, pérdidas, muertes, derrotas, frustraciones y alienaciones, todo resuelto en un mundo de una marcada diversidad geográfica, cultural, social y política. Este segundo modelo constituye, como si dijéramos, mi comprensión operativa del capitalismo global como formación social distintiva, mientras que la primera se refiere a las contradicciones dentro del motor económico que mueve a esta formación social por ciertas sendas de su evolución histórica y geográfica.

En espiral

Cuando el 26 de enero de 2020 leí por vez primera acerca de un coronavirus que estaba ganando terreno en China, pensé inmediatamente en las repercusiones que tendría en la dinámica global de la acumulación de capital.

Sabía por mis estudios del modelo económico que los bloqueos y alteraciones en la continuidad del flujo de capital tendrían devaluaciones como resultado, y que, si se extendían y ahondaban las devaluaciones, eso significaría el arranque de la crisis. También era bien consciente de que China es la segunda mayor economía del mundo y que había rescatado de manera eficaz al capitalismo global en el periodo de las secuelas de 2007–8, de manera que cualquier golpe a la economía china estaba destinado a tener consecuencias graves para una economía global que ya se encontraba, en cualquier caso, en una situación arriesgada. El modelo existente de acumulación de capital ya estaba, me parecía a mí, en dificultades. Se estaban sucediendo movimientos de protesta en casi todas partes (de Santiago a Beirut), muchos de los cuales se centraban en el hecho de que el modelo económico dominante no estaba funcionando bien para la mayoría de la población. El modelo neoliberal descansa de manera creciente en capital ficticio y en una ingente expansión de la oferta de dinero y creación de deuda. Se está enfrentando ya al problema de una insuficiente demanda efectiva para realizar los valores que el capital es capaz de producir. De modo que ¿cómo podría el modelo económico dominante, con su decaída legitimidad y delicada salud, absorber y sobrevivir a los inevitables impactos de lo que podría convertirse en una pandemia? La respuesta dependía onerosamente de cuánto pudiera durar y propagarse la alteración, pues, como señalaba Marx, la devaluación no se produce porque no se puedan vender las mercancías sino porque no se pueden vender a tiempo.

Durante mucho tiempo había rechazado yo la idea de “naturaleza” como algo exterior y separado de la cultura, la economía y la vida diaria. Adopto una visión más dialéctica y relacional de la relación metabólica con la naturaleza. El capital modifica las condiciones medioambientales de su propia reproducción, pero lo hace en un contexto de consecuencias involuntarias (como el cambio climático) y

con el trasfondo de fuerzas evolutivas autónomas e independientes que perpetuamente reconfiguran las condiciones ambientales.

Desde este punto de vista, no hay nada que sea un desastre verdaderamente natural. Los virus van mutando todo el tiempo, a buen seguro. Pero las circunstancias en las que una mutación se convierte en una amenaza para la vida dependen de acciones humanas.

Hay dos aspectos relevantes en ello. En primer lugar, las condiciones ambientales incrementan la probabilidad de vigorosas mutaciones. Resulta plausible esperar, por ejemplo, que los sistemas de abastecimiento de alimentos intensivos o azarosos en el zonas subtropicales húmedas puede contribuir a esto. Existen esos sistemas en muchos lugares, incluida China, al sur del Yangtse y en el Sudeste asiático. En segundo lugar, varían enormemente las condiciones que favorecen la rápida transmisión mediante los cuerpos receptores. Parecería que las poblaciones humanas de elevada densidad son un blanco receptor fácil. Es bien sabido que las epidemias de sarampión, por ejemplo, solo florecen en grandes centros de población urbana, pero se desvanecen rápidamente en regiones escasamente pobladas. El modo en que los seres humanos interactúan unos con otros, se mueven, se disciplinan u olvidan lavarse las manos afecta al modo en que se transmiten las enfermedades. En épocas recientes, el SRAS, la gripe aviar y porcina parecen haber salido de China o del Sudeste asiático. China ha sufrido también enormemente a causa de la peste porcina, lo que ha conllevado el sacrificio de cerdos en masa y el aumento de los precios de la carne porcina. No digo todo esto para acusar a China. Hay muchos lugares más en los que son elevados los riesgos medioambientales de mutación y propagación. Puede que la “gripe española” de 1918 proviniera de Kansas y puede que África incubara el HIV/AIDS ,y desde luego inició el virus del Nilo Occidental y el Ébola, mientras que el dengue parece florecer en América Latina. Pero las repercusiones económicas y demográficas de la difusión del virus dependen de grietas y vulnerabilidades en el modelo económico hegemónico.

No me sorprendió excesivamente que el COVID-19 se descubriera inicialmente en Wuhan (aunque no se sabe si se originó allí). Era evidente que los efectos locales serían substanciales y que, considerando que se trataba de un centro de producción de importancia, habría repercusiones económicas globales (aunque no tenía ni idea de la magnitud). La gran pregunta era cómo podrían producirse el contagio y la propagación, y cuánto duraría (hasta que se encontrara una vacuna). La experiencia previa había mostrado que uno de los inconvenientes de una globalización creciente estriba en lo imposible que resulta detener la rápida difusión internacional se nuevas enfermedades. Vivimos en un mundo enormemente conectado en el que casi todo el mundo viaja. Las redes humanas de potencial difusión son inmensas y está abiertas. El peligro (económico y demográfico) sería que la alteración durase un año o más.

Aunque se produjo una caída inmediata en los mercados bursátiles cuando se conocieron las primeras noticias, esto se vio seguido de un mes o más en que los

mercados alcanzaron nuevas alzas. Las noticias parecían indicar que todo seguía como de costumbre, salvo en China. Parecía creerse que íbamos a experimentar una repetición del SRAS, el cual terminó por contenerse con bastante rapidez y por tener una repercusión global bastante reducida, aunque tuviera una elevada tasa de mortandad y creara un pánico innecesario (visto a toro pasado) en los mercados financieros. Cuando apareció el COVID-19, la reacción dominante consistió en presentarlo como una nueva versión del SRAS, volviendo superfluo el pánico. El hecho de que la epidemia arrasara China, que se movilizó rápida y despiadadamente para contener sus repercusiones llevó asimismo al resto del mundo a tratar erróneamente el problema como algo que sucedía “por allá” y, por tanto, lejos de la vista y del pensamiento, acompañado de algunas inquietantes señales de xenofobia anti China. El clavo que con el virus pinchaba la historia, por lo demás triunfante, del crecimiento de China se recibió hasta con regocijo en ciertos círculos de la administración de Trump.

Sin embargo, comenzaron a circular historias de interrupciones de las cadenas de producción global que pasaban por Wuhan. En buena medida se ignoraron o se trataron como problema de determinadas líneas de producto o de empresas (como Apple). Las devaluaciones fueron locales y particulares y no sistémicas. Se minimizaron también las señales de caída de la demanda del consumo, aunque esas grandes empresas, como McDonald’s y Starbucks, que tenían grandes operaciones en el mercado interior chino, tuvieran que cerrar sus puertas durante un tiempo. El solapamiento del Año Nuevo chino con el brote del virus enmascaró su impacto a lo largo de enero. La autocomplacencia de esta respuesta estuvo gravemente fuera de lugar.

Las noticias iniciales de la propagación internacional del virus fueron ocasionales y episódicas con un brote grave en Corea del Sur y unos cuantos focos más como Irán. Fue el brote italiano el que desató la primera reacción violenta. El derrumbe del mercado bursátil, que empezó a mediados de febrero, fue oscilando en cierto modo, pero para mediados de marzo había llevado a una devaluación neta de casi el 30% en los mercados bursátiles de todo el mundo.

El recrudecimiento exponencial de los contagios provocó una panoplia de respuestas a menudo incoherentes y con frecuencia llenas de pánico. El presidente Trump llevó a cabo una representación del intento de detener el mar frente a una marea potencial en aumento de enfermedades y muertes. Algunas de las respuestas han sido verdaderamente extrañas. Hacer que la Reserva Federal rebaje los tipos de interés a la vista de un virus parecía raro, aun cuando se reconociera que la medida estaba destinada a aliviar las repercusiones en los mercados, más que a detener el avance del virus.

En casi todas partes a las autoridades públicas y los sistemas de atención sanitaria los sorprendieron escasos de personal. Cuarenta años de neoliberalismo a lo largo de América del Norte y del Sur, y de Europa, habían dejado a la opinión pública totalmente al descubierto y mal preparada para enfrentarse a una crisis sanitaria de este género, aunque los anteriores sustos del SRAS y el Ebola proporcionaron

bastantes advertencias, además de lecciones convincentes respecto a lo que habría que hacer. En muchas partes del supuesto mundo “civilizado”, los gobiernos locales y regionales, que invariablemente forman la primera línea de defensa de la salud pública y las emergencias sanitarias de este género, se habían visto privados de financiación gracias a una política de austeridad destinada a financiar recortes de impuestos y subsidios a las grandes empresas y a los ricos.

Las grandes farmacéuticas corporativistas tienen poco o ningún interés en investigaciones sin ánimo de lucro en enfermedades infecciosas (como es el caso de todos los coronavirus que llevan siendo bien conocidos desde los años 60). Las grandes farmacéuticas rara vez invierten en prevención. Tienen poco interés en invertir a fin de estar preparados para una crisis de salud pública. Le encanta proyectar curas. Cuanto más enfermos estemos, más dinero ganan. La prevención no contribuye al valor para los accionistas. El modelo de negocio aplicado a la provisión de salud pública eliminaba el superávit que se ocupaba de las capacidades que harían falta en una emergencia. La prevención ni siquiera era un área de trabajo lo bastante tentadora para justificar formas de asociación público-privado. El presidente Trump había recortado el presupuesto del Centro de Control de Enfermedades [*Center for Disease Control – CDC*] y disuelto el grupo de trabajo sobre pandemias del Consejo de Seguridad Nacional [*National Security Council*] con el mismo ánimo, mientras recortaba la financiación de toda la investigación, incluida la del cambio climático. Si quisiera ponerme antropomórfico y metafórico en esto, yo concluiría que el COVID-19 constituye una venganza de la naturaleza por más de cuarenta años de grosero y abusivo maltrato a manos de un violento y desregulado extractivismo neoliberal.

Acaso sea sintomático que los países menos neoliberales, China y Corea del Sur, Taiwán y Singapur, han pasado por la pandemia hasta ahora en mejor situación que Italia, aunque Irán desmienta este argumento como principio universal. Si bien ha habido muchas pruebas de que China gestionó el SRAS bastante mal, en esta ocasión el presidente Xi se movió con rapidez para ordenar transparencia tanto en la información como en la realización de pruebas, tal como hizo Corea del Sur. Con todo, se perdió en China algo de tiempo valioso (solo unos cuantos días pueden marcar la diferencia). Lo que resultó, sin embargo, notable en China, fue el confinamiento de la epidemia a la provincia de Hubei, en cuyo centro se encuentra Wuhan. La epidemia no se desplazó a Beijing o al oeste, ni siquiera más al sur. Las medidas tomadas para confinar geográficamente el virus fueron draconianas. Serían casi imposibles de reproducir en cualquier otro lugar por razones políticas, económicas y culturales. Las informaciones procedentes de China sugieren que los tratamientos y las medidas fueron todo menos delicadas. Por ende, China y Singapur desplegaron su poder de vigilancia personal hasta niveles que eran invasivos y autoritarios. Pero parecen haber sido extremadamente eficaces en total, aunque si las medidas para contrarrestarlo se hubieran puesto en práctica unos pocos días antes, los modelos sugieren que se podrían haber evitado muchas muertes. Se trata de una información importante: en cualquier proceso de crecimiento exponencial existe un punto de inflexión más allá del cual la masa en ascenso queda totalmente fuera de control (nótese

aquí, una vez más, la significación de la masa en relación al ritmo). El hecho de que Trump perdiera el tiempo durante tantas semanas puede todavía demostrarse costoso en vidas humanas.

Los efectos económicos se disparan ahora sin control, tanto dentro de China como más allá. Las alteraciones que operan en las cadenas de valor de las empresas y en ciertos sectores resultaron más sistémicas y sustantivas de lo que se pensó en un principio.

El efecto a largo plazo puede consistir en abreviar o diversificar las cadenas de suministro mientras nos movemos hacia formas de producción menos intensivas en trabajo (con enormes implicaciones para el empleo) y una mayor dependencia de los sistemas de producción con inteligencia artificial. La alteración de las cadenas de producción entraña prescindir o despedir trabajadores, lo que hace decrecer la demanda final, mientras la demanda de materias primas hace disminuir el consumo productivo. Estos impactos por el lado de la demanda han producido como mínimo una suave recesión.

Pero las mayores vulnerabilidades estaban en otra parte. Los modos de consumismo que explotaron después de 2007–8 se han estrellado con demoledoras consecuencias. Estos modos se basaban en reducir el tiempo de facturación del consumo hasta acercarlo lo más posible a cero. El diluvio de inversiones en esas formas de consumismo guarda absoluta relación con la absorción máxima de volúmenes exponencialmente crecientes de capital en forma de consumismo que tuvieran el tiempo más breve posible de facturación. El turismo internacional ha sido emblemático. Las visitas internacionales se han incrementado de 800 a 1.400 millones entre 2010 y 2018. Esta forma de consumismo instantáneo requería masivas inversiones de infraestructuras en aeropuertos y aerolíneas, hoteles y restaurantes, parques temáticos y actos culturales, etcétera. Este lugar de acumulación capitalista está hoy encallado: las líneas aéreas están cerca de la bancarrota, los hoteles están vacíos, y es inminente el desempleo masivo en los sectores de alojamiento. No es buena idea comer fuera y han cerrado en muchos lugares restaurantes y bares. Hasta la comida para llevar parece entrañar riesgos. Al vasto ejército de trabajadores de la economía “de pequeños encargos” [*“gig economy”*] o de otras formas de trabajo precario lo están poniendo en la calle sin medios visibles de sustento. Se cancelan actos tales como festivales culturales, campeonatos de fútbol y baloncesto, conciertos, congresos de negocios y profesionales, y hasta reuniones políticas con fines electorales. Se han clausurado esas formas de consumismo de “actividades”. Los ingresos de los gobiernos locales se han ido por el agujero. Y están cerrando universidades y colegios.

Buena parte del modelo innovador de consumismo capitalista resulta inservible en las actuales condiciones. Ha quedado mellado el impulso hacia lo que André Gorz describe como “consumismo compensatorio” (en el que se supone que los trabajadores alienados recobran su ánimo gracias a un paquete de vacaciones en una playa tropical).

Pero las economías capitalistas están movidas por el consumismo en un 70 o incluso un 80 %. La confianza y el sentir de los consumidores se han convertido en los últimos cuarenta años en la clave para la movilización de la demanda efectiva y el capital se ha visto cada vez más impulsado por la demanda y las necesidades del consumidor. Esta fuente de energía económica no se ha visto sometida a desenfundadas fluctuaciones (con unas pocas excepciones, como la erupción del volcán islandés que bloqueó los vuelos transatlánticos durante un par de semanas). Pero el COVID-19 no está respaldando una desenfundada fluctuación sino un todopoderoso derrumbe en el corazón de la forma de consumismo que domina en los países más opulentos. La forma en espiral de infinita acumulación de capital está desmoronándose hacia dentro de una parte del mundo a cualquier otra. La única cosa que puede salvarlo es un consumismo masivo financiado e inducido por los gobiernos conjurado de la nada. Esto exigirá la socialización del conjunto de la economía de los Estados Unidos, por ejemplo, pero sin llamarlo socialismo.

Líneas del frente

Hay un mito conveniente según el cual las enfermedades contagiosas no reconocen clases ni otras barreras o límites sociales. Como muchos de esos dichos, hay una cierta verdad en esto. En las epidemias de cólera del siglo XIX, que trascendieran las barreras de clase fue lo bastante dramático como para generar el nacimiento de un movimiento de salud e higiene públicas (que se profesionalizó) que ha perdurado hasta hoy. Que este movimiento estuviera destinado a proteger a todo el mundo o solo a las clases altas no siempre estuvo claro. Pero hoy los efectos y repercusiones diferenciales sociales y de clase cuentan otra historia. Las repercusiones económicas y sociales se filtran a través de las discriminaciones “de costumbre” que en todas partes quedan en evidencia. Para empezar, la fuerza de trabajo que se espera se ocupe de cuidar a la creciente cifra de enfermos resulta de modo característico enormemente definida en términos de género, raza y etnia en la mayoría del mundo. Es reflejo de la fuerza laboral de clase que se encuentra, por ejemplo, en aeropuertos y otros sectores logísticos.

Esta “nueva clase trabajadora” está en primera fila y lleva la peor parte tanto de ser la fuerza laboral que soporta mayor riesgo del virus en su trabajo o de ser despedida sin recursos, debido al repliegue económico impuesto por el virus. Está, por ejemplo, la cuestión de quién puede trabajar en casa y quién no.

Con ello se agudiza la división lo mismo que la cuestión de quién puede permitirse aislarse o ponerse en cuarentena (con o sin salario) en caso de contacto o contagio. Exactamente del mismo modo en que aprendí a denominar los terremotos de Nicaragua (1973) y Ciudad de México (1995) “temblores de clase”, el avance del COVID-19 exhibe todas las características de una pandemia de clase, género y raza. Si bien los esfuerzos de mitigación se encubren con la retórica de que “estamos todos juntos en esto”, la práctica, sobre todo de los

gobiernos nacionales, sugiere motivaciones más siniestras. La clase trabajadora contemporánea en los Estados Unidos (que comprende de modo predominante a afroamericanos, hispanos y mujeres con salario), se enfrenta al desagradable dilema de contaminarse en nombre de los cuidados y mantener los puntos claves de abastecimiento (como tiendas de comestibles) abiertos o el desempleo sin prestaciones (como una adecuada atención sanitaria). El personal asalariado (como yo mismo) trabaja desde casa y recibe su nómina igual que antes, mientras los altos ejecutivos usan aviones y helicópteros privados.

La fuerza laboral ha sido socializada en casi cualquier parte del mundo desde hace mucho para que se comporte como buenos sujetos neoliberales (lo que significa culparse a sí mismos, o a Dios, si algo va mal, pero no atreverse nunca a sugerir que el capitalismo pudiera ser el problema). Pero hasta los buenos sujetos neoliberales pueden ver que hay algo erróneo en la forma en la que se ha respondido a esta pandemia.

La gran pregunta es: ¿cuánto durará esto? Podría durar más de un año, y cuanto más dure, mayor será la devaluación, incluida la de la fuerza de trabajo. Los niveles de desempleo se elevarán, casi con seguridad, a niveles comparables a los de los años 30, en ausencia de intervenciones masivas del Estado que tendrán que ir contra la tendencia liberal. Son múltiples las ramificaciones inmediatas de la economía, así como de la diaria vida social. Pero no todas son malas. En la medida en que el consumismo contemporáneo se estaba volviendo excesivo, estaba bordeando lo que describía Marx como “sobreconsumo y consumo demencial, lo que significa a su vez, [bordear] lo monstruoso y lo estrambótico, la ruina” de todo el sistema. Lo temerario de este sobreconsumo ha desempeñado un papel de primera importancia en la degradación ambiental. La cancelación de vuelos de líneas aéreas y las radicales restricciones al transporte y el movimiento han tenido consecuencias positivas en relación a las emisiones de gases de invernadero. La calidad del aire ha mejorado mucho en Wuhan, igual que lo ha hecho en muchas ciudades norteamericanas. Los lugares de ecoturismo tendrán tiempo de recobrase de tantas pisadas. Los cisnes han vuelto a los canales de Venecia. En la medida en que se frene ese gusto por esos excesos consumistas temerarios e insensatos, podría haber algunos beneficios a largo plazo. Tener menos muertes en el monte Everest podría ser una buena cosa. Y aunque nadie lo está diciendo en voz alta, el sesgo demográfico del virus puede acabar afectando a pirámides de edad con efectos a largo plazo sobre las cargas de la Seguridad Social y al futuro del “sector de los cuidados”. Se ralentizará la vida diaria y eso será, para algunos, una bendición. Las reglas de distanciamiento social sugeridas podrían llevar, si la emergencia continúa el tiempo suficiente, a cambios culturales. La única forma de consumismo que casi con toda seguridad se beneficiará será lo que yo llamo la economía de “Netflix”, que da servicio, de todos modos, a los “espectadores de atracción”.

En el frente económico, las respuestas se han visto condicionadas por la forma de éxodo del derrumbe de 2007–8. Esto entrañaba una política monetaria de

extraordinaria soltura emparejada con el rescate de los bancos, complementada con un aumento espectacular en el consumo productivo por una expansión masiva de inversión infraestructural en China. Esto último no se puede repetir en la escala requerida. El paquete de rescate establecido en 2008 se centró en los bancos, pero también implicó la nacionalización de facto de General Motors. Tal vez resulta significativo que frente al descontento de los trabajadores y una demanda de mercado que se hunde, las tres grandes compañías automovilísticas de Detroit están cerrando, al menos temporalmente.

Si China no puede repetir su papel de 2007–8, entonces la carga de salir de la actual crisis económica se desplaza ahora a los Estados Unidos, y aquí se encuentra la ironía última: las únicas medidas políticas que van a funcionar, tanto económica como políticamente, son bastante más socialistas que cualquier cosa que pudiera proponer Bernie Sanders, y esos programas de rescate tendrán que iniciarse bajo la égida de Donald Trump, presumiblemente bajo la máscara del Hacer Grande De Nuevo a Norteamérica.

Todos esos republicanos que se opusieron tan visceralmente al rescate de 2008 tendrán que tragarse sus palabras o desafiar a Donald Trump. Este último, si es sabio, cancelará las elecciones sobre la base de una emergencia y declarará el principio de una presidencia imperial para salvar al capital y al mundo de la “revuelta y la revolución”.

20 de marzo de 2020

Fuente original: [Jacobin](#). Traducción al castellano Lucas Antón (sindominio), texto revisado y corregido por Comunizar.

SUDÁFRICA: CORONAVIRUS, LLAMADO A LA SOLIDARIDAD EN TIEMPO DE CRISIS

Abahlali baseMjondolo ha mantenido pequeñas reuniones con líderes electos en todas las provincias donde tenemos miembros para discutir la crisis del coronavirus. La mejor información científica disponible ha sido compartida con nuestros miembros. Hemos decidido suspender todo nuestro programa de reuniones y protestas hasta que la crisis haya pasado. Esto incluye nuestro mitin anual del Día de la Libertad, que se celebra cada año en abril, que generalmente atrae a más de 5000 personas.

Hemos declarado una alerta roja en todas las ocupaciones de tierras y asentamientos afiliados al movimiento. Los recursos que se habrían utilizado

para reuniones, protestas y manifestaciones se han redirigido para proporcionar equipos que puedan ayudar a las personas a sobrevivir esta crisis. Todos estamos haciendo todo lo posible para comunicar la mejor información, basada en la ciencia, a nuestros miembros y para combatir las noticias falsas y las teorías de conspiración.

Haremos todo lo posible para mantener a salvo a nuestros miembros y a otras personas empobrecidas. Sin embargo, enfrentamos algunos desafíos serios que resultan de la larga crisis social. Los habitantes de las cabañas y otras personas pobres, incluidos los comerciantes ambulantes, los trabajadores ocasionales y los inmigrantes indocumentados, no se han tenido en cuenta en lo que respecta a la prevención del virus corona, ni se han incluido en la toma de decisiones sobre la crisis.

Las personas que viven en asentamientos de chozas ya se enfrentan a muchas otras enfermedades como el cólera, la tuberculosis, el VIH y diversas afecciones relacionadas con el estrés. Esto se debe a la ausencia del gobierno en proporcionar viviendas y servicios básicos a nuestras comunidades, las fallas y el deterioro del sistema de atención médica, así como la crisis económica que ha resultado en un desempleo masivo.

Existe un temor real de que este nuevo virus afecte más a las personas empobrecidas. En la epidemia de gripe española de 1918 y 1919, el sesenta por ciento de las personas que murieron eran personas pobres que vivían en el oeste de la India.

Existe el temor de que, una vez más, puedan ser los pobres del mundo, más de mil millones de los cuales viven en asentamientos de chozas, los más afectados por esta epidemia. Esta es una emergencia nacional e internacional.

Los desastres, como los incendios e inundaciones, siempre afectan más a las personas pobres. Por esta razón, hemos estado diciendo, durante quince años de lucha, que los desastres son políticos. La enfermedad también es política. La clase determina quién tiene asistencia médica y quién no, quién tiene acceso al agua, saneamiento y medios seguros para calefacción e iluminación y quién no. Les hemos recordado a todos nuestros miembros que el acceso a medicamentos que salvan las vidas de las personas que viven con el VIH se ganó a través de la lucha y la politización de ese importante problema de salud.

Ahora es vital que politicemos la crisis causada por el coronavirus y que las personas empobrecidas y de clase trabajadora tomen su lugar en este proceso.

El liderazgo de Abahlali ha visitado asentamientos en los que tenemos membresía como una forma de difundir información sobre el virus. Muchas personas se han quejado de la falta de comprensión sobre el virus.

El 15 de marzo, el Presidente hizo un llamado a todos los sudafricanos para que tomaran medidas de precaución para prevenir la propagación del virus. Sin

embargo, muchas de las medidas que se recomiendan suponen que todos viven en una casa, una casa que no corre riesgo de ser destruida por el Estado, una casa que tiene agua y saneamiento. Pero la realidad es que millones de nosotros seguimos viviendo en chozas indignas.

No parece posible evitar que este virus se propague cuando aún vivimos en el lodo como los cerdos, cuando en muchos asentamientos no hay agua, o cientos de personas que comparten un grifo, y muchos asentamientos carecen de acceso a saneamiento.

Nuestros miembros han enfatizado que muchas personas no tienen acceso regular o fácil al agua y al saneamiento adecuado y todavía están usando arbustos para aliviarse. Los municipios de todo el país no recolectan basura de los asentamientos de chozas. En Mbizana, las comunidades comparten agua con el ganado, lo que resulta en muchas enfermedades.

Nuestros miembros también han expresado su preocupación de que la alta tasa de desempleo y la extrema pobreza en los asentamientos de cabañas nos dificultan permanecer en nuestros hogares. Si nos quedamos en casa, podemos morir como resultado de la inanición antes de que el virus nos atrape.

Nuestros miembros también han notado que también es difícil aislarnos unos de otros ya que vivimos en condiciones extremadamente congestionadas.

Otra preocupación que se ha expresado es que seguimos teniendo nuestras chozas (ilegal y violentamente) demolidas por el estado durante este tiempo de crisis. Hoy en Ekuphumeleleni, uno de nuestros miembros ha sido hospitalizado debido a la violencia estatal durante un desalojo. Las personas se quedan sin hogar y sus pertenencias se convierten en cenizas a manos de concejales arrogantes como S'busiso Kwela del Barrio 17, cuyo negocio de taxis se beneficia de las licitaciones del municipio de eThekweni.

El miércoles escribimos al MEC para la Salud en KwaZulu-Natal solicitando una reunión urgente para discutir cómo podemos trabajar juntos para desarrollar una estrategia para mantener seguros a los residentes de los asentamientos de chozas en este momento de crisis. No hemos recibido una respuesta, ni siquiera un reconocimiento de nuestro correo electrónico.

Nosotros, como habitantes de las cabañas, también amamos a nuestro país y a su gente y queremos ayudar al gobierno en la lucha contra esta pandemia. Este es un desastre nacional que necesita una fuerza unida para trabajar juntos por la salud y la seguridad de todos. Este no es momento para diferencias políticas o peleas de facciones. Hacemos un llamado para que todos los sudafricanos, blancos y negros, ricos o pobres, documentados o indocumentados, organizados y no organizados, se unan en la lucha contra esta pandemia antes de perecer. Las personas deben ser puestas antes que las ganancias. Sin embargo, esto solo puede hacerse cuando los pobres y la clase trabajadora también son considerados e incluidos cuando se toman decisiones y se desarrollan estrategias para el camino a seguir.

Después de numerosas discusiones, en todas las provincias donde tenemos miembros, nos gustaría emitir una invitación y un conjunto de demandas.

Nos gustaría expresar nuestro agradecimiento y solidaridad con todas las enfermeras, médicos y otros profesionales de la salud que trabajan contra este virus, incluidas las personas que trabajan como limpiadores y en otros trabajos en hospitales, y pedir un aumento masivo en el apoyo financiero para la atención médica. En nuestra oficina en Durban tenemos fotos del Che Guevara y Frantz Fanon. Ambos eran médicos radicales que se pusieron del lado de los oprimidos. Steve Biko era un estudiante de medicina antes de que fuera prohibido y luego asesinado. Nos gustaría invitar a todos los médicos progresistas y otros expertos médicos a trabajar con nosotros, como camaradas, mientras nos oponemos a esta pandemia.

También emitimos el siguiente conjunto de quince demandas:

1. Todos los desalojos deben detenerse con efecto inmediato.
2. Todas las desconexiones del acceso autoorganizado al agua, la electricidad y el saneamiento deben detenerse con efecto inmediato.
3. Todos los asentamientos de chozas deben incluirse en los programas municipales de eliminación de desechos con efecto inmediato.
4. Todos los trabajadores, incluidos los trabajadores domésticos, que no están obligados a estar en la primera línea de trabajo contra la pandemia, deben recibir vacaciones pagadas hasta que la crisis haya pasado. Los trabajadores que están en la primera línea de trabajo contra la pandemia deben recibir todas las formas posibles de protección y atención.
5. Un ingreso garantizado debe estar disponible para todas las personas que no pueden obtener un ingreso durante este período de crisis.
6. Deben tomarse medidas para garantizar que todos tengan acceso a alimentos saludables suficientes, incluida la provisión de paquetes de alimentos gratuitos. Deben establecerse subsidios y precios máximos para todos los alimentos básicos. Las medidas que se han implementado contra el acaparamiento y la especulación deben cumplirse estrictamente.
7. Se debe proporcionar agua y saneamiento a todos los asentamientos de chozas como una prioridad urgente.
8. El desinfectante y todos los demás equipos médicamente necesarios deben estar disponibles para todos sin costo alguno.
9. Todos los residentes de los asentamientos de chozas que resulten positivos para el virus deben recibir alojamiento seguro y digno en el que puedan aislarse. Cuando sea necesario, se pueden requisar edificios apropiados para este propósito.
10. La información con base científica sobre el virus, y cómo proteger a las personas de él, debe compartirse en todos los idiomas, de manera accesible y comprensible para todos, y se base en el entendimiento de que millones de personas viven en chozas, que otros están detenidos en cárceles y centros de detención de migrantes, y que millones de personas morirán de hambre si no pueden seguir obteniendo ingresos.

11. Debe suspenderse el pago de todos los préstamos.
12. Las compañías de telefonía celular deben poner a disposición de todos los datos gratuitos para que las personas puedan mantenerse en contacto con familiares, amigos, vecinos, hospitales y camaradas.
13. Todas las personas detenidas por el Estado por actos no criminales, como ser indocumentados, ocupar tierras, participar en la organización de conexiones autoorganizadas al agua, la electricidad y el saneamiento, etc., deben ser liberados con efecto inmediato.
14. Todos los hospitales y todas las demás instalaciones de salud deben estar disponibles para todas las personas que viven en Sudáfrica, incluidos los inmigrantes indocumentados, con efecto inmediato.
15. Debe haber pruebas y tratamientos gratuitos para todos.

22 de marzo de 2020

Abahlali baseMjondolo Press Statement

Traducción al castellano para *Comunizar*: Catrina Jaramillo

LA ESTRATEGIA DE AUTOCONFINAMIENTO DEL ESTADO Y LA ECONOMÍA

El establecimiento del encierro de la población me parece una respuesta económica -o más bien un intento de respuesta económica- para enfrentar la bancarrota de los mercados y su incapacidad para abordar la problemática planteada por la emergencia de la “crisis sanitaria” del coronavirus.

Me parece que todas las soluciones alternativas para oponerse al confinamiento son soluciones que, en última instancia, dependen de los mecanismos del mercado y de sus capacidades industriales para manejar la crisis. Todas las respuestas alternativas (máscaras, geles, pruebas, medicamentos, vacunas, etcétera) suponen la continuidad funcional de la máquina económica, cuando está, precisamente, en default.

El encierro es un intento por parte del Estado de responder a la imperiosidad de la economía frente a la crisis de «salud». No tengo ninguna duda de que si el Estado hubiera podido organizar e implementar una solución técnica del tipo de generalización de máscaras, pruebas, distribución masiva de medicamentos, etcétera, no habría dudado un segundo en hacerlo.

Pero el hecho de que la técnica de aislamiento sea implementada con autoridad por el Estado no significa que el confinamiento no sea un método racional y

razonable. Para mí, cualquier alternativa al confinamiento es, de hecho, esperar una solución, o depender de una solución, completamente al azar de las fuerzas del mercado. No tengo confianza en los mercados: no confinar y dar máscaras a todos para que nada se detenga, no confinar llevando a las personas como cobayas a la industria farmacéutica para que nada se detenga, no te encierres, con el pretexto de que la mortalidad/letalidad sería limitada y que, por lo tanto, habría una serie de muertes aceptables (“morimos por muchas otras cosas...”). En última instancia esto equivale a quitarle al mundo de la economía toda su responsabilidad en lo que sucede. De todos modos, estas soluciones no son operativas actualmente. Por el contrario, el confinamiento no equivale a una relegitimación del Estado.

El encierro, y su relativa tolerancia social, de ninguna manera implica sumisión a la lógica del Estado. Por el contrario: el encierro es la demostración práctica de su fracaso político. Es el cuestionamiento de su legitimidad para garantizar la seguridad del cuerpo social, en contradicción con lo que fundamenta su legitimidad fantaseada. Es la admisión de su falta de anticipación estatal y resalta los errores estratégicos en las opciones políticas y sociales implementadas.

El confinamiento es, en los hechos, un acelerador extraordinario de la desorganización social, política y económica. Si el confinamiento le da al Estado un respiro temporal, éste solo puede ser a muy corto plazo, lo que el Estado sabe perfectamente, ya que esta es la única explicación plausible del hecho de que tire por la borda años y años de ortodoxia ideológica (incluso si lo hace tímidamente). Por lo tanto, podría decirse que estamos tratando con un confinamiento de la responsabilidad conjunta del Estado y los mercados como la puesta en escena inversa del confinamiento de la población.

Los discursos militares del poder y las referencias incesantes a la guerra, no ocultan el empeoramiento de la desorganización del Estado, su incapacidad para manejar la confusión y los requerimientos contradictorios que surgen y se desarrollan frente a su obsesión por preservar a toda costa las capacidades de recuperación económica. Pero cuanto más dure el encierro, más nos aventuraremos en un territorio desconocido, en todos los sentidos imaginables. Además, esas referencias militares continuas son, en sí mismas, signos de su incompreensión de las cosas, una manera de expresar su impotencia con respecto a una exterioridad fantasmal.

La pandemia de Covid-19 no es, por supuesto, la primera que ha sucedido en el mundo: gripe asiática de 1957, gripe de Hong Kong en 1968, gripe rusa de 1977, SARS de 2003, gripe aviar de 2009, MERS en 2012, sin olvidar a otras enfermedades emergentes como la enfermedad de Lyme, la legionelosis, el ébola, el VIH, el zika, el dengue y sin olvidar tampoco otras enfermedades más conocidas como el cólera, la malaria, la peste o la fiebre tifoidea, etcétera. Esto muestra que es evidente que los riesgos de una pandemia se han previsto durante años y por eso lo que está sucediendo ahora es muy interesante.

Es significativo que el supuesto aumento en las capacidades técnicas y operativas de la economía en realidad conduzcan al debilitamiento de la situación planetaria

global: estamos presenciando el comienzo de un proceso de implosión de la economía planetaria, por un impresionante “efecto dominó”, cuyo resultado nadie puede imaginar en este momento.

El confinamiento puede parecer desproporcionado, pero ¿cuáles son los criterios actuales para juzgarlo? Tendería a decir que todos se reducen a la cuestión del costo económico y a la relevancia económica de la contención, en comparación con sus consecuencias potencialmente exorbitantes sobre la viabilidad del sistema mismo. El punto de partida de mi análisis es que la situación actual se explica, en gran medida, por la ausencia de una solución económica operativa inmediata, ausencia de solución que explica el increíble grado de improvisación de las alternativas estatales.

Creo que es un error entrar en el debate, necesariamente sesgado, sobre cuál sería la mejor solución económica y/o política para enfrentar la crisis de «salud», puesto que nadie tiene, en mi opinión, una respuesta verdaderamente relevante. Más bien, es esta ausencia de una solución relevante lo que me atrae, y las reacciones de cada uno frente a lo desconocido, frente a lo inesperado, frente a la sacudida histórica, ante la falta de una visión clara de lo que sucede.

Louis – Colmar – 20 de marzo de 2020

Versión en castellano para *Comunizar*: Catrina Jaramillo. Fuente original en francés: *en finir avec ce monde*.

CORONAVIRUS

Raoul Vaneigem

Cuestionar el peligro del coronavirus es absurdo, sin lugar a dudas. Sin embargo, ¿no es igual de absurdo que una perturbación del curso habitual de las enfermedades sea objeto de tal explotación emocional y congregue esta arrogante incompetencia que expandió antaño la nube de Chernóbil fuera de Francia? Claro, sabemos con qué facilidad el espectro del apocalipsis sale de su caja a apropiarse del primer cataclismo llegado para recomponer el imaginario del diluvio universal y hundir el arado de la culpabilidad en el suelo estéril de Sodoma y Gomorra.

La maldición divina secundaba útilmente el poder. Al menos hasta el terremoto de Lisboa en 1755, cuando el marqués de Pombal, amigo de Voltaire, sacó partido del sismo masacrando a los jesuitas, reconstruyendo la ciudad a su criterio y liquidando alegremente a sus rivales políticos a golpe de procesos

“proto-estalinianos”. No ofenderemos a Pombal, por odioso que sea, al comparar su golpe de efecto dictatorial con las miserables medidas que el totalitarismo democrático aplica mundialmente a la epidemia de coronavirus.

¿Qué cinismo atribuir la propagación de la catástrofe a la deplorable insuficiencia de los medios sanitarios empleados! Hace décadas que se destruye el bien público y que el sector hospitalario paga el precio de una política que favorece los intereses financieros en detrimento de la salud de los ciudadanos. Siempre hay más dinero para los bancos y cada vez menos camas y personal sanitario en los hospitales. ¿Qué payasadas disimularan por más tiempo que esta gestión catastrófica del catastrofismo es inherente al capitalismo financiero mundialmente dominante? Hoy, mundialmente combatido en nombre de la vida, del planeta y de las “vacas locas” (enfermedad prevista por Rudolf Steiner desde 1929), el autor nos recuerda que además de seres hay especies que salvar.

Sin caer en la retahíla del castigo divino que supone la idea de la Naturaleza librándose del Hombre como de un gusano dañino e inoportuno, no está de más recordar que durante milenios, la explotación de la naturaleza humana y de la naturaleza terrestre impuso el dogma de la anti-physis, la anti-naturaleza. El libro de Eric Postaire, *Las epidemias del siglo XXI*, publicado en 1997, confirma los efectos desastrosos de la desnaturalización persistente, que denunció desde hace décadas. Evocando el drama desde el punto de vista científico, él mismo puede provocarlos. En su alegato por un abordaje responsable de las epidemias y su tratamiento, incrimina lo que el prologuista Claude Gudin llama “filosofía del cajón-caja”. Plantea la pregunta: “Subordinando la salud de la población a las leyes de la ganancia, hasta transformar los animales herbívoros en carnívoros, ¿no corremos el riesgo de provocar catástrofes fatales para la Naturaleza y para la Humanidad?”. Los gobernantes, ya sabemos, han respondido con un SI unánime. ¿Qué importancia tiene ya que el NO de los intereses financieros sigue triunfando cínicamente?

¿Necesitábamos el coronavirus para demostrar a los más miopes que la desnaturalización por la rentabilidad tiene consecuencias desastrosas en la salud universal -que gestiona sin desmoralizarse una Organización mundial cuyas preciosas estadísticas encubren la desaparición de los hospitales públicos? Hay una correlación evidente entre el coronavirus y la caída del capitalismo mundial. Al mismo tiempo, es igualmente evidente que la epidemia de coronavirus encubre y sumerge una peste emocional, un miedo histórico, un pánico que por un lado disimula las carencias de tratamiento y, por otro, perpetúa el mal alarmando al paciente. En el pasado, durante las grandes epidemias de peste, las poblaciones hacían penitencia y clamaban su culpa flagelándose. A los managers de la deshumanización mundial, ¿no les conviene persuadir a los pueblos que no hay quien escape a la miserable situación en que están? ¿Que sólo les queda el flagelo de la servidumbre voluntaria? La impresionante máquina mediática no hace más que darle vueltas a la vieja mentira del decreto celestial, impenetrable, ineludible en que el loco dinero ha suplantado a los Dioses sanguinarios y caprichosos del pasado.

El despliegue de la barbarie policial contra los manifestantes pacíficos demostró ampliamente que sólo la ley militar funcionaba eficazmente. Confina hoy a mujeres, hombres, niños y niñas en cuarentena. Fuera los féretros, dentro la televisión, ¡la ventana se abre a un mundo cerrado! Una puesta a punto capaz de agravar el malestar existencial apuntando a las emociones degolladas por la angustia, exacerbando la ceguera de la cólera impotente.

Pero hasta la mentira cede ante el colapso general. El cretinismo ético y populista ha alcanzado sus límites. No puede negar que un experimento está en proceso. La desobediencia civil se propaga y sueña sociedades radicalmente nuevas porque (son) radicalmente humanas. La solidaridad libera de su piel de cordero individualista a individuos que ya no temen pensar por sí mismos.

El coronavirus señala la quiebra del Estado. He aquí al menos un tema de reflexión para las víctimas del confinamiento forzado. Cuando aparecieron mis Modestas propuestas a los huelguistas, algunos amigos me señalaron de nuevo la dificultad de recurrir al rechazo colectivo que sugería: dejar de pagar impuestos, tasas y cargas fiscales. Ahora bien, la quiebra probada del Estado-estafador muestra la ruina económica y social que vuelve absolutamente insolventes las pequeñas y medianas empresas, el comercio local, los ingresos modestos, la agricultura familiar y hasta las llamadas profesiones liberales. La caída del Leviatán consiguió convencer más rápido que nuestras soluciones para abatirlo.

El coronavirus fue aún más lejos. Parar los daños productivistas ha disminuido la contaminación mundial, evita una muerte programada a millones de personas, la naturaleza respira, los delfines vuelven a jugar en Sardeña, en los canales de Venecia purificados del turismo de masa corre otra vez agua clara, la bolsa se derrumba. España decide nacionalizar los hospitales privados, como si redescubriera la seguridad social, como si el Estado se acordara del Estado de bienestar que destruyó.

Nada puede darse por sentado, todo empieza. La utopía todavía camina a cuatro patas. Abandonemos a su inanidad celestial los millones de millones de billetes bancarios e ideas vacías que dan vueltas en nuestras cabezas. Lo importante es “encargarnos nosotros mismos de nuestros asuntos” dejando que la burbuja especuladora se deshaga y explote. ¡Que no nos falten la determinación y la confianza!

Nuestro presente no es el confinamiento que la sobrevivencia nos impone, es una apertura a todos los posibles. Bajo el efecto del pánico, el Estado oligárquico debe adoptar medidas que aún ayer decretaba imposibles. Respondemos a la llamada de la vida y de la tierra por restaurar. La cuarentena es propicia para la reflexión. El confinamiento no abole la presencia en la calle, la reinventa. Déjenme pensar, *cum grano salis*, que la insurrección de la vida cotidiana tiene virtudes terapéuticas insospechadas.

17 de marzo de 2020

Traducción al castellano para *Comunizar*: Sagrario da Saúde

LA OPCIÓN SALUDABLE

La Tormenta homicida del capitaloceno ya está aquí. Ahora todos los Estados del mundo quieren imponer, día a día, una nueva medida restrictiva, una nueva prohibición, un miedo cada vez más grande, la idea de un enemigo invisible, atroz y desconocido. Es el virus y es también la catástrofe del mundo de la economía del dinero. El distanciamiento social que se promueve y se decreta desde los malos gobiernos no es simplemente un distanciamiento físico: es un distanciamiento de lo amoroso, un distanciamiento de lo solidario, un distanciamiento de horror y miedo. Es la mutilación más feroz de nuestro ser genérico humano bajo el rigor de la disciplina y la lógica egoísta de la mercancía.

¡Enciérrense en sus casas! ordenan, pero ¿dónde se encierra quien no tiene casa? ¿Y desde cuándo es «sano» quedarse entre cuatro paredes mirando televisión y abandonar las caminatas y los paseos al aire libre (tan recomendados por el modelo médico hegemónico durante décadas hasta hace solo unas semanas)? ¿Y qué pasa con las mujeres y los niños encerrados en situaciones domésticas abusivas? ¿Qué pasa con aquellos que no pueden permitirse llenar el carrito de supermercado durante períodos de cuarentena prolongados? ¿Con los que no tienen acceso a agua potable limpia? ¿Qué pasa con los discapacitados, los viejos más viejos y los enfermos de las mil enfermedades que no son coronavirus? ¿Qué pasa con los encarcelados, los depresivos, los sin techo, los refugiados en campamentos atestados, los que viven en los asentamientos, los pueblos indígenas desposeídos y los abandonados del planeta?

Con el argumento de la salud pública cualquier funcionario burocrático de ciudad se convierte en un señor feudal con facultades extraordinarias para impedir, decretar, prohibir, sancionar, castigar. El anhelo voraz del sistema de opresión es nuestra peor pesadilla: que todo el mundo se quede encerrado, que acepte la explotación desamparada del teletrabajo, que desconfíe de los demás, que denuncie al que escapa de sus barrotes y sus normas. Nunca, ningún Estado ha cuidado jamás a nadie y la historia de los Estados está colmada de dolor, de persecuciones y de genocidios.

La Tormenta homicida del capitaloceno aúlla con los voceros y los agentes de la maldad y del poder, impone cuarentenas para que alejemos los cuerpos, las voces y las miradas, para que no nos toquemos, para que recelemos de cualquier roce con otras personas. Como si fuéramos espantapájaros de trapo, sumisos, derrotados y sin voz. Con esta lógica funesta del capital y de los Estados pereceremos prisioneros por la tristeza y el embrutecimiento, sin nadie que nos abrace ni nos cierre los ojos por temor al contacto físico. Como cucarachas atrapadas entre muros de cemento y vidrio. No hay nada saludable ni digno en todo eso. Es un remedio espeluznante de opresión y disciplinamiento social.

Y está muy bien que no haya clases escolares para los niños y los jóvenes, si lo pensamos como un (posible) primer paso para desescolarización educativa y la demolición de la institución escolar opresiva (¡pero dejen a los niños en paz y jugar al aire libre, no le llenen las horas con tareas y didácticas estúpidas y engañosas!). Está muy bien no ir a trabajar y así recuperar en parte la autonomía del tiempo de vida que es nuestro y no de quien nos compra la fuerza de trabajo. Está muy bien abandonar el transporte público de pasajeros, ese delirio del movimiento mercantil de las ciudades, pero no está bien hacerlo por obediencia, sino para dejar de hacer el capitalismo que ha puesto al mundo al borde de su colapso.

Cuidarnos a nosotros mismos y a los demás, de verdad cuidarnos, no puede ser y jamás será una tarea del Estado, que es el sicario de la alienación y de la muerte. Cuidarnos es un hacer tan nuestro y tan inseparable de nuestro ser autónomo como lo son las calles, las plazas, el aire, el canto de los grillos, el impulso hacia la autodeterminación social de nuestras vidas.

La opción saludable es poner todo nuestro esfuerzo en la creación y multiplicación de la desobediencia colectiva, en la esperanza y la imaginación de nuestro hacer no constreñido por el decreto, en el cuidado y el apoyo mutuos, en la energía sanadora de los abrazos (aun cuando, por el momento, sean virtuales), en el espacio-tiempo del *nosotros* donde la palabra circula, en la potencia asamblearia de la naturaleza, en la vehemencia furiosa por la libertad.

Luis M. Bardamu, 18/3/2020

MONÓLOGO DEL VIRUS

Dejen de proferir, queridos humanos, sus ridículos llamamientos a la guerra. Dejen de dirigirme esas miradas de venganza. Apaguen el halo de terror con que envuelven mi nombre. Nosotros, los virus, desde el origen bacteriano del mundo, somos el verdadero *continuum* de la vida en la tierra. Sin nosotros, jamás habrían visto la luz del día, ni siquiera la habría visto la primera célula.

Somos sus antepasados, al igual que las piedras y las algas, y mucho más que los monos. Estamos dondequiera que ustedes estén y también donde no están. ¡Si del universo sólo ven aquello que se les parece, peor para ustedes! Pero sobre todo, dejen de decir que soy yo el que los está matando. No están muriendo por lo que

le hago a sus tejidos, sino porque han dejado de cuidar a sus semejantes. Si no hubieran sido tan rapaces entre ustedes como lo han sido con todo lo que vive en este planeta, todavía habría suficientes camas, enfermeras y respiradores para sobrevivir a los estragos que causo en sus pulmones. Si no almacenaran a sus ancianos en morideros y a sus prójimos sanos en ratoneras de hormigón armado, no se verían en éstas. Si no hubieran transformado la amplitud, hasta ayer mismo aún exuberante, caótica, infinitamente poblada, del mundo —o mejor dicho, de *los mundos*— en un vasto desierto para el monocultivo de lo Mismo y del Más, yo no habría podido lanzarme a la conquista planetaria de sus gargantas. Si durante el último siglo no se hubieran convertido prácticamente todos en copias redundantes de una misma e insostenible forma de vida, no se estarían preparando para morir como moscas abandonadas en el agua de su civilización edulcorada. Si no hubieran convertido sus entornos en espacios tan vacíos, tan transparentes, tan *abstractos*, tengan por seguro que no me desplazaría a la velocidad de un avión. Sólo estoy ejecutando la sentencia que ustedes dictaron hace mucho contra ustedes mismos. Perdónenme, pero son ustedes, que yo sepa, quienes han inventado el término «Antropoceno». Ustedes se han adjudicado todo el honor del desastre; ahora que está teniendo lugar, es demasiado tarde para renunciar a él. Los más honestos de entre ustedes lo saben bien: no tengo más cómplice que su propia organización social, su locura de la «gran escala» y de su economía, su fanatismo del *sistema*. Sólo los sistemas son «vulnerables». Lo demás vive y muere. Sólo hay vulnerabilidad para lo que aspira al control, a su extensión y perfeccionamiento. Mírenme atentamente: *sólo soy la otra cara de la Muerte reinante*.

Así que dejen de culparme, de acusarme, de acosarme. De paralizarse ante mí. Todo eso es infantil. Les propongo que cambien su mirada: hay una inteligencia inmanente en la vida. No hace falta ser *sujeto* para tener un recuerdo o una estrategia. No hace falta ser soberano para decidir. Las bacterias y los virus también pueden *hacer que llueva y brille el sol*. Así que mírenme como su salvador más que como su enterrador. Son libres de no creerme, pero *he venido a parar la máquina cuyo freno de emergencia no encontraban*. He venido a detener la actividad de la que eran rehenes. He venido a poner de manifiesto la aberración de la «normalidad». «Delegar en otros su alimentación, su protección, su capacidad de cuidar de las condiciones de vida ha sido una locura»... «No hay límite presupuestario, la salud no tiene precio»: ¡miren cómo hago que se retracten de palabra y de obra sus gobernantes! ¡Miren cómo los reduzco a su verdadera condición de mercachifles miserables y arrogantes! ¡Miren cómo de repente se revelan no sólo como superfluos, sino como nocivos! Para ellos ustedes no son más que el soporte de la reproducción de su sistema, es decir, menos aun que esclavos. Hasta al plancton lo tratan mejor que a ustedes.

Pero no malgasten energía en cubrirlos de reproches, en echarles en cara sus limitaciones. Acusarlos de negligencia es darles más de lo que se merecen. Pregúntense más bien cómo ha podido parecerles tan cómodo dejarse gobernar. Alabar los méritos de la opción china frente a la opción británica, de la solución imperial-legista frente al método darwinista-liberal, es no entender nada ni de la

una ni de la otra, ni del horror de la una ni del horror de la otra. Desde Quesnay, los «liberales» siempre han mirado con envidia al Imperio chino; y siguen haciéndolo. Son hermanos siameses. Que uno te confine por tu propio bien y el otro por el bien de «la sociedad» equivale igualmente a aplastar la única conducta no nihilista en este momento: cuidar de uno mismo, de aquellos a los que quieres y de aquello que amamos en aquellos que no conocemos. No dejen que quienes los han conducido al abismo pretendan sacarlos de él: lo único que harán será prepararles un infierno más perfeccionado, una tumba aún más profunda. El día que puedan, patrullarán el más allá con sus ejércitos.

Más bien, díganme gracias. Sin mí, ¿cuánto tiempo más se habrían hecho pasar por necesarias todas estas cosas aparentemente incuestionables cuya suspensión se decreta de inmediato? La globalización, los concursos, el tráfico aéreo, los límites presupuestarios, las elecciones, el espectáculo de las competiciones deportivas, *Disneyland*, las salas de *fitness*, la mayoría de los comercios, el parlamento, el acuartelamiento escolar, las aglomeraciones de masas, la mayor parte de los trabajos de oficina, toda esa ebria sociabilidad que no es sino el reverso de la angustiada soledad de las mónadas metropolitanas. Ya lo ven: nada de eso es necesario cuando *el estado de necesidad* se manifiesta. Díganme gracias por la prueba de la verdad que van a pasar en las próximas semanas: por fin van a vivir en su propia vida, sin los miles de subterfugios que, mal que bien, sostienen lo insostenible. Todavía no se habían dado cuenta de que nunca habían llegado a instalarse en su propia existencia. Vivían entre las cajas de cartón y no lo sabían. Ahora van a vivir con sus seres queridos. Van a vivir en casa. Van a dejar de estar en tránsito hacia la muerte. Puede que odien a su marido. Puede que aborrezcan a sus hijos. Quizás les entren ganas de dinamitar el *decorado* de su vida diaria. Lo cierto es que, en esas metrópolis de la separación, ustedes ya no estaban en el mundo. Su mundo había dejado de ser habitable en cada uno de sus puntos, excepto huyendo constantemente. Tan grande era la presencia de la fealdad que había que aturdirse de movimiento y de distracciones. Y lo fantasmal reinaba entre los seres. Todo se había vuelto tan eficaz que ya nada tenía sentido.

¡Díganme gracias por todo esto, y bienvenidos a la tierra! Gracias a mí, por tiempo indefinido, ya no trabajarán, sus hijos no irán al colegio, y sin embargo será todo lo contrario a las vacaciones. Las vacaciones son ese espacio que hay que rellenar a toda costa mientras se espera la ansiada vuelta al trabajo. Pero esto que se abre ante ustedes, gracias a mí, no es un espacio delimitado, es una inmensa apertura. He venido a *descolocarlos*. Nadie les asegura que el no-mundo de antes volverá. Puede que todo este absurdo rentable termine. Si no les pagan, ¿qué sería más natural que dejar de pagar el alquiler? ¿Por qué iba a seguir cumpliendo con sus cuotas del banco quien de todos modos ya no puede trabajar? ¿Acaso no es suicida vivir donde ni siquiera se puede cultivar un huerto? No por no tener dinero se va a dejar de comer, y quien tiene el hierro tiene el pan, como decía Auguste Blanqui. Díganme gracias: los coloco al pie de la bifurcación que estructuraba tácitamente sus existencias: *la economía o la vida*. De ustedes depende. Lo que está en juego es histórico. O los gobernantes les imponen su

estado de excepción o ustedes inventan el suyo. O se vinculan a las verdades que están saliendo a la luz o ponen su cabeza en el filo del verdugo. O aprovechan el tiempo que les doy ahora para imaginarse el mundo que vendrá a partir de las lecciones del colapso al que estamos asistiendo o éste se radicalizará por completo. El desastre cesa cuando la economía se detiene. La economía *es* el desastre. Esto era una tesis antes del mes pasado. Ahora es un hecho. A nadie se le escapa cuánta policía, cuánta vigilancia, cuánta propaganda, cuánta logística y cuánto teletrabajo hará falta para reprimirlo.

Ante mí, no cedan ni al pánico ni al impulso de negación. No cedan a las histerias biopolíticas. Las próximas semanas serán terribles, abrumadoras, crueles. Las puertas de la Muerte estarán abiertas de par en par. Soy la más devastadora producción de devastación de la producción. Vengo a devolver a la nada a los nihilistas. La injusticia de este mundo nunca será más *escandalosa*. Es a una civilización, y no a ustedes, a quien vengo a enterrar. Quienes quieran vivir tendrán que crearse hábitos nuevos, que sean apropiados para ellos. Evitarme será la oportunidad para esta reinención, para este nuevo *arte de las distancias*. El arte de saludarse, en el que algunos eran lo suficiente miopes como para ver la forma misma de la institución, pronto ya no obedecerá a ninguna etiqueta. Caracterizará a los seres. No lo hagan «por los demás», por «la población» o por la «sociedad», háganlo por los suyos. Cuiden de sus amigos y de sus amores. Vuelvan a pensar con ellos, soberanamente, una forma justa de vida. Generen *conglomerados* de vida buena, multiplíquenlos, y nada podré contra ustedes. Esto es un llamamiento no a la vuelta masiva a la disciplina, sino a *la atención*. No al fin de la despreocupación, sino al de *la negligencia*. ¿Qué otra manera me quedaba de recordarles que la salvación está *en cada gesto*? Que todo está en lo ínfimo.

He tenido que rendirme a la evidencia: la humanidad sólo se plantea las preguntas que ya no puede no plantearse.

Fuente: lundimatin. Traducido por el Grupo Coquelicot y revisado por amigos.

LA PANDEMIA COMO JUICIO POLÍTICO: EL CASO DE UN BIEN COMÚN GLOBAL

La pandemia ha demostrado la bancarrota de la soberanía nacional: las principales amenazas para la humanidad son de carácter global, por lo que la ayuda mutua, la cooperación y la solidaridad también deben serlo.

La pandemia de COVID-19 es una crisis mundial de salud, social y económica sin precedentes. Las comparaciones históricas son pocas, particularmente en las

últimas décadas. Esta tragedia constituye nada menos que un juicio para toda la humanidad. Los dos significados de la palabra francesa "*épreuve*" capturan el doble significado de lo que ahora enfrentamos: *épreuve* en el sentido de una prueba, una empresa inmensa y dolorosa, pero también una prueba, una evaluación o un juicio.

La pandemia, en otras palabras, está probando la capacidad de los sistemas políticos y económicos para hacer frente a un problema global situado al nivel de nuestra interdependencia individual, es decir, en la base misma de nuestra vida social. Como una distopía hecha realidad, la situación actual nos permite vislumbrar lo que pronto le espera a la humanidad si las estructuras económicas y políticas mundiales no pueden transformarse radical y rápidamente para enfrentar la crisis del cambio climático.

¿Una respuesta estatista a una crisis global?

Primera observación: en todo el mundo, pareciera que estamos dispuestos a confiar en el poder soberano del Estado nación para responder a esta epidemia global de dos maneras más o menos complementarias: por un lado, se cuenta con que el Estado promulgue medidas autoritarias para limitar el contacto personal, en gran medida mediante el establecimiento de "estados de emergencia" (ya sea oficialmente declarado o no) como en Italia, España, Francia y otros lugares. Por otro lado, se espera que el estado proteja a los ciudadanos para evitar que el virus sea "importado" del extranjero. La disciplina social y el proteccionismo nacional son, por lo tanto, las dos armas principales desplegadas en la lucha contra la pandemia. Aquí, vemos las dos caras de la soberanía del Estado: dominación interna e independencia externa.

Segunda observación: se depende, igualmente, del Estado, para ayudar a las empresas de todos los tamaños a sobrellevar esta prueba brindándoles la asistencia financiera y los préstamos garantizados que requieren para evitar la bancarrota y retener la mayor cantidad posible de su fuerza laboral. Los Estados ya no tienen reparos en gastar sin límites para salvar la economía: "¡lo que sea necesario!" Mientras que hace solo unas semanas los Estados se oponían a cualquier solicitud de aumentar el personal de los hospitales, la cantidad de camas, o los servicios de emergencia, por su obsesiva preocupación por la restricción presupuestaria y la limitación de la deuda pública. Desde entonces, los Estados han "redescubierto" las virtudes del intervencionismo, al menos cuando se trata de financiar la empresa privada y apuntalar el sistema financiero.

Alemania ha implementado uno de los planes de estímulo más ambiciosos hasta la fecha. Su plan constituye una ruptura abrupta con los dogmas ordoliberales que han sido la norma desde el comienzo de la República Federal de Alemania. Este cambio abrupto, que no debemos confundir con el fin del neoliberalismo, plantea una pregunta crucial: ¿El recurso a las prerrogativas de la soberanía del Estado, tanto interna como externamente, es una respuesta efectiva a una pandemia que afecta nuestros lazos más básicos de solidaridad social?

Lo que hemos presenciado hasta ahora es motivo de alarma. La xenofobia institucional de la forma Estado se está volviendo especialmente manifiesta al mismo tiempo que estamos adquiriendo una mayor conciencia del peligro letal que el virus representa para toda la humanidad. Los Estados europeos respondieron a la propagación inicial del coronavirus de una manera totalmente descoordinada.

Muy rápidamente, la mayoría de los Estados europeos, Europa Central en particular, se encerraron detrás de los muros administrativos de su territorio nacional para proteger a su población del "virus extranjero", y los primeros países de Europa en enclaustrarse también fueron los más xenófobos. Viktor Orbán (Hungría) puso en movimiento las ruedas: *“Estamos librando una guerra en dos frentes. Un frente es la migración y el otro es el coronavirus. Hay una conexión lógica entre los dos, ya que ambos se extienden a través del movimiento”*.

Esto marcó la pauta en toda Europa y el resto del mundo: cada Estado debe cuidar de los suyos, para deleite de la extrema derecha en Europa y en otros lugares. Y nada ha sido más abyecto que la falta de solidaridad con los países más afectados. El abandono de Italia por parte de Francia y de Alemania, que llegó hasta el egoísmo de negarse a enviar equipos médicos y máscaras protectoras a Italia, sonó como la sentencia de muerte para una Europa construida sobre la base de la competencia generalizada entre los Estados.

Soberanía estatista y elecciones estratégicas

El 11 de marzo, el Director General de la Organización Mundial de la Salud, Tedros Adhanom Ghebreyesus, no solo declaró que estamos lidiando con una pandemia, sino que también expresó su profunda preocupación por la velocidad con la que el virus se estaba propagando y los "niveles alarmantes de inacción de los Estados". ¿Cómo explicamos esta inacción? El análisis más convincente ha sido proporcionado por la experta en pandemias Suerie Moon, codirectora del Centro de Salud Global del Instituto de Graduados de Estudios Internacionales y de Desarrollo en Ginebra:

La crisis que estamos atravesando muestra la persistencia del principio de soberanía estatal en los asuntos mundiales. Pero esto no es nada sorprendente. La cooperación internacional siempre ha sido frágil, pero lo ha sido aún más en los últimos cinco años con la elección de líderes políticos, especialmente en los Estados Unidos y el Reino Unido, que aspiran a retirarse de la globalización. Sin la perspectiva integral de que la OMS proporciona, corremos el riesgo de desastres.

A pesar de lo acertadas que son las observaciones de Moon, omite el hecho de que la OMS se ha debilitado financieramente durante las últimas décadas, y ahora depende en gran medida de donantes privados: el ochenta por ciento de su financiamiento proviene de empresas o fundaciones privadas. Pero a pesar de su

condición debilitada, la OMS podría haber brindado un marco inicial para la cooperación global en la lucha contra la pandemia, no solo por la información confiable que había reunido desde principios de enero, sino también por sus recomendaciones para tomar medidas radicales y tempranas.

Según el Director General de la OMS, la elección de abandonar las pruebas sistemáticas y el rastreo de contactos, que fueron efectivos en Corea y Taiwán, fue un error importante que contribuyó a la propagación del virus en prácticamente todos los países.

La causa última de este alarmante retraso fueron las elecciones estratégicas. Italia se vio rápidamente obligada a adoptar una estrategia de confinamiento absoluto para detener la epidemia, como lo había hecho anteriormente China. Otros países esperaron demasiado tiempo para reaccionar, en gran parte sobre la base de la estrategia fatalista y criptodarwiniana de "inmunidad colectiva". El Reino Unido de Boris Johnson fue completamente pasivo en su enfoque inicial, y otros países equivocaron y retrasaron sus medidas restrictivas, como Francia y Alemania, sin mencionar a los Estados Unidos. Al adoptar una estrategia de "mitigación" o demora epidémica para "aplanar la curva", estos países renunciaron a cualquier intento serio de mantener el virus bajo control desde el principio mediante el uso de exámenes sistemáticos y confinamiento general de la población, como se hizo en las provincias de Wuhan y Hubei.

Según las previsiones de los gobiernos alemán y francés, la estrategia de inmunidad colectiva requiere una contaminación del 50 al 80 por ciento en toda la población. Esto equivale a aceptar la muerte de cientos de miles, incluso millones, de personas que supuestamente son las "más frágiles". Mientras tanto, las recomendaciones de la OMS fueron muy claras: los Estados no deben abandonar la detección sistemática y el rastreo de contactos de cualquier persona que dé positivo por el virus.

El "paternalismo libertario" en tiempos de epidemia

¿Por qué los Estados han depositado tan poca confianza en la OMS y por qué no han otorgado a la OMS un papel central en la coordinación de la respuesta mundial a la pandemia? En China, la epidemia paralizó efectivamente al país, tanto política como económicamente. La congelación de la producción y el comercio económicos nunca se ha practicado a tal escala, y el resultado ha sido una grave crisis económica y financiera en China.

Alemania, Francia y los Estados Unidos, sobre todo, eligieron mantener sus economías funcionando el mayor tiempo posible o, más precisamente, equilibrar los imperativos económicos y de salud pública basados en cómo se desarrolla la situación "día a día", en lugar de prestar atención a las previsiones más nefastas a largo plazo. Fueron las proyecciones catastróficas contenidas en el informe del Imperial College de Londres, que predijeron que cualquier inacción adicional conduciría a la muerte de millones de personas, lo que sacudió a los gobiernos

entre el 12 y el 15 de marzo y los obligó a adoptar finalmente una estrategia de confinamiento general. Pero ya era demasiado tarde.

Lo que desde entonces se ha hecho evidente es la influencia destructiva de la economía del comportamiento y la llamada "teoría del empujón" de la toma de decisiones políticas, que se basa en incentivos y estímulos para dirigir el comportamiento individual, en lugar de la restricción. Ahora sabemos que la "unidad de empujones", o el "*Equipo de Insights de Comportamiento*", que informa al Gobierno británico, convenció con éxito al Estado de su teoría de que las personas que se ven limitadas demasiado rápido por medidas severas se cansarán y relajarán su disciplina cuando la epidemia llegue su pico, que es precisamente cuando más se necesita disciplina.

Desde 2010, la teoría económica de Richard Thaler, que describe en el libro *Nudge* (2009), es ampliamente considerada como el mejor medio para producir una "gobernanza estatal eficiente". Este enfoque dice que alentemos a las personas, sin obligarlas, a tomar las mejores decisiones mediante el uso de "empujones": mediante el uso de influencias suaves, indirectas, cómodas y opcionales sobre las personas que, en última instancia, todavía son libres de tomar sus propias decisiones. La aplicación de este "paternalismo libertario" en la lucha contra la epidemia ha sido doble: (a) el rechazo de cualquier medida coercitiva para regular el comportamiento individual y (b) una preferencia por los "gestos de barrera": *mantenga la distancia, lávese sus manos, tosa en su codo, se aísla si tiene fiebre y todo para su propio beneficio*.

Esta apuesta por confiar en medidas voluntarias y suaves fue arriesgada: no hay evidencia científica o empírica que demuestre la efectividad de este enfoque en el contexto de una epidemia. Y ahora está muy claro que este enfoque fracasó por completo. También vale la pena recordar que los funcionarios franceses adoptaron este mismo enfoque hasta el 14 de marzo. Macron inicialmente se negó a adoptar medidas estrictas de contención porque, como afirmó el 6 de marzo, "las medidas restrictivas no son sostenibles en el tiempo". Cuando salió del teatro al que había asistido ese mismo día con su esposa, declaró: "La vida continúa. No hay ninguna razón, salvo para las poblaciones vulnerables, para cambiar nuestros comportamientos sociales".

Al acecho, debajo de estas palabras, que hoy parecen completamente irresponsables, uno no puede evitar detectar una táctica en la que este "paternalismo libertario" permitió a los gobiernos diferir las medidas que sabían que necesariamente afectarían sus economías.

¿Soberanía estatal o servicios públicos?

Sin embargo, este eventual fracaso para contener el virus obligó a las autoridades políticas a cambiar radicalmente su curso. En Francia, la primera visión de este cambio fue el discurso presidencial de Macron el 12 de marzo, en el que hizo un llamamiento a la unidad nacional, a nuestra unión sagrada y a la "fuerza de carácter" del pueblo francés. El siguiente discurso de Macron el 16 de marzo fue

aún más explícito en su postura marcial y retórica: es hora de una movilización general, de "autocontrol patriótico", porque "ahora estamos en guerra". La figura del Estado soberano ahora se manifiesta en su forma más extrema pero también más clásica: la de la espada que golpea al enemigo, "quién está allí, invisible, esquivo y avanzando".

Pero hubo un giro aún más sorprendente en el discurso del presidente el 12 de marzo: Emmanuel Macron se transformó repentina y casi milagrosamente en un firme defensor del Estado del bienestar y de la salud pública. ¡Incluso afirmó la imposibilidad de reducir todo a la lógica del mercado! Muchos comentaristas y políticos, varios de los cuales son de izquierda, acogieron con entusiasmo el reconocimiento de Macron de la importancia insustituible de los servicios públicos. Sin embargo, lo que presenciamos aquí fue realmente poco más que una respuesta tardía a la confrontación pública de Macron con un médico durante su visita al Hospital Pitié Salpêtrière el 27 de febrero.

El médico, profesor de neurología, insistió en que Macron proporcionara a los hospitales públicos un "shock de inversión" ("*choc d'attractivité*"), y Macron aceptó las demandas del médico, al menos en principio. Por supuesto, se reconoció de inmediato que las declaraciones posteriores de Macron fueron completamente huecas, y de ninguna manera cuestionaron las políticas neoliberales que su gobierno ha seguido metódicamente durante años. Sin embargo, durante la misma conferencia de prensa, Macron declaró que "delegar nuestra comida, nuestra protección o nuestra capacidad de cuidar nuestro entorno de vida a los demás es una locura, debemos retomar el control".

Esta invocación de la soberanía estatal ha sido bien recibida por muchos, especialmente los neofascistas del *Rassemblement National*. La defensa de los servicios públicos parecería perfectamente alineada con las prerrogativas del Estado soberano: eliminar la atención médica de la lógica del mercado es un acto de soberanía que ahora está en proceso de revertir las muchas concesiones que Francia otorgó a la Unión Europea en el pasado. ¿Pero es tan obvio que la noción de "servicio público" está de hecho alineada con el concepto de soberanía estatal? ¿El primero depende del segundo? ¿El servicio público está indisolublemente vinculado a la soberanía del Estado? Esta pregunta merece una consideración particularmente cuidadosa porque es uno de los argumentos centrales desplegados por los defensores de la soberanía estatal.

Comencemos por examinar la naturaleza misma de la soberanía del Estado. Etimológicamente, soberanía significa "superioridad" (del latín *superanus*), pero ¿superioridad respecto a qué? En resumen, es superioridad con respecto a cualquier ley u obligación que amenace con limitar el poder del Estado, tanto en su relación con otros Estados como en relación con sus propios ciudadanos. El Estado soberano se coloca por encima de cualquier compromiso u obligación, que luego es libre de restringir o revocar según lo desee. Pero como figura pública, el Estado solo puede actuar a través de sus representantes, quienes se

supone que encarnan la continuidad del Estado más allá del ejercicio diario de sus funciones gubernamentales específicas.

Por lo tanto, la superioridad del Estado significa efectivamente la superioridad de sus representantes sobre las leyes u obligaciones que los afectan. Esta es la noción de superioridad que todos los soberanistas elevan al rango de principio. Pero, por desagradable que pueda parecer, este principio se aplica independientemente de la orientación política de sus líderes: lo que es esencial es simplemente que uno actúa como representante del Estado, independientemente de las creencias particulares sobre la soberanía del Estado. Todas las concesiones que los representantes del Estado francés otorgaron sucesivamente a la UE fueron actos de soberanía, ya que la construcción misma de la UE, desde el principio, se basó en la implementación del principio de soberanía estatal.

Del mismo modo, el hecho de que el Estado francés, como tantos otros Estados europeos, haya evadido constantemente sus obligaciones internacionales con respecto a la defensa de los derechos humanos también es parte de la lógica de la soberanía: la Declaración sobre los Defensores de los Derechos Humanos (1998) obliga a los Estados signatarios a crear un ambiente seguro y saludable para los defensores de los derechos humanos. Sin embargo, las leyes y prácticas de los Estados signatarios, y en particular las leyes y prácticas francesas con respecto a la frontera que comparte con Italia, violan sus obligaciones internacionales.

Por supuesto, se puede decir lo mismo con respecto a las obligaciones del cambio climático, que los Estados ignoran en función de sus intereses particulares. Y en materia de derecho público interno, la soberanía estatal también reina. Para apearse al caso de Francia, los derechos de los amerindios en Guyana se niegan habitualmente en nombre del principio de la "República Única e Indivisible", una expresión que, una vez más, hace referencia al principio sacrosanto de la soberanía estatal. En última instancia, expresiones como estas son poco más que coartadas que permiten a los representantes estatales eximirse de cualquier obligación que pueda legitimar el control ciudadano sobre el Estado.

Es importante tener en cuenta este último punto, ya que es crucial en términos de comprensión del carácter público del llamado servicio "público". El significado preciso de la palabra "público" exige toda nuestra atención aquí, porque rara vez se reconoce que el concepto de "público" es absolutamente irreductible al "Estado". El término "*publicum*" designa no solo a la administración estatal, sino a toda la comunidad como constituida por todos los ciudadanos: los servicios públicos no son servicios estatales, en el sentido de que el Estado puede dispensar estos servicios como lo desee, ni son simplemente una extensión del Estado: son *públicos* en el sentido de que existen "*al servicio del público*". Es en este sentido que constituyen una obligación positiva del Estado hacia sus ciudadanos.

En otras palabras, los servicios públicos no son un favor que el Estado extiende generosamente hacia los gobernados. A pesar de las connotaciones negativas que los años de polémicas liberales han impuesto a la frase "el Estado del bienestar".

Léon Duguit, uno de los teóricos más importantes del servicio público, hizo este punto fundamental a principios del siglo XX: es la primacía de los deberes de aquellos en el poder en relación con los gobernados lo que constituye la base de lo que llamamos el "servicio público". Para Duguit, los servicios públicos no son una manifestación del poder estatal, sino una limitación del poder gubernamental. El servicio público es un mecanismo por el cual los gobernadores se convierten en sirvientes de los gobernados.

Estas obligaciones, que se imponen a quienes gobiernan y a los agentes del gobierno, forman la base de lo que Duguit llama "responsabilidad pública". Es por eso que el servicio público es un principio de solidaridad social, uno que se impone a todos, y no un principio de soberanía, ya que este último es incompatible con la idea misma de responsabilidad pública.

Esta concepción del servicio público ha sido ampliamente suprimida por la ficción de la soberanía estatal. Sin embargo, el servicio público continúa haciéndose sentir en virtud de la fuerte conexión que los ciudadanos sienten con lo que todavía consideran un derecho fundamental. El derecho del ciudadano a los servicios públicos es el estricto corolario del deber u obligación de los representantes estatales de proporcionar servicios públicos. Esta es la razón por la cual los ciudadanos de varios países europeos afectados por la crisis actual han demostrado, de diversas maneras, su apego a los servicios públicos en su lucha diaria contra el coronavirus: por ejemplo, los ciudadanos de numerosas ciudades españolas aplauden a sus trabajadores de la salud desde sus balcones, independientemente de su actitud política hacia el Estado unitario centralizado.

Por lo tanto, dos relaciones deben separarse cuidadosamente aquí: el apego de la ciudadanía al servicio público, y la atención médica en particular, de ninguna manera sugiere adhesión a la autoridad pública o poder público en sus diversas formas, sino que sugiere un apego a servicios cuya función esencial es satisfacer las necesidades del público. Lejos de revelar una identificación subyacente con la nación, este apego hace un gesto hacia un sentido de universalidad que cruza fronteras y, en consecuencia, nos hace sensibles a las pruebas que nuestros "ciudadanos de la pandemia" están soportando, ya sean italianos, españoles, o más allá de las fronteras europeas.

La urgencia de los bienes comunes mundiales

Somos extremadamente escépticos ante la promesa de Macron de ser el primer líder en cuestionar "nuestro modelo de desarrollo" después de que termine la crisis, y hay muchas razones para pensar que las drásticas medidas económicas actualmente vigentes eventualmente compartirán el mismo destino que las promulgadas durante la crisis económica de 2008: es probable que veamos un esfuerzo concertado para "volver a la normalidad", es decir, volver a nuestra destrucción ininterrumpida del planeta en medio de condiciones cada vez mayores de desigualdad social. Y tememos que los enormes paquetes de estímulo

diseñados para "salvar la economía" vuelvan a ser respaldados por los trabajadores y contribuyentes peor pagados.

Sin embargo, hay un cambio importante en curso que será más difícil de revertir. La soberanía estatal, junto con su reflejo de seguridad y tropismo xenófobo, ha demostrado su bancarrota. Lejos de contener capital global, la soberanía estatal gestiona los flujos de capital exacerbando la competencia global.

Dos conclusiones están llegando rápidamente a millones de personas. Primero, la importancia de los servicios públicos como instituciones comunes capaces de facilitar la solidaridad humana vital. Y, en segundo lugar, la tarea política más urgente que ahora enfrenta la humanidad es la necesidad de instituir los bienes comunes mundiales. Debido a que los principales riesgos para la humanidad ahora son decididamente de carácter global, la ayuda mutua y la solidaridad también deben ser globales, la política debe coordinarse, la infraestructura y el conocimiento deben compartirse, y la cooperación debe convertirse en la regla absoluta.

La salud, el clima, la economía, la educación y la cultura ya no pueden considerarse propiedad privada o estatal: todos deben ser conceptualizados como bienes comunes globales, y deben ser instituidos políticamente como tales. Una cosa sobre todo ahora es segura: la salvación no vendrá de arriba. Solo las insurrecciones, los levantamientos y las coaliciones transnacionales de ciudadanos pueden imponer lo común a los Estados y al capital.

Pierre Dardot y Christian Laval

19 de marzo de 2020

Publicado en *Mediapart*. Traducción al castellano para *Comunizar*: Catrina Jaramillo

EL COMIENZO DE UNA ÉPOCA

El capitalismo no se puede dar el lujo de *parar la máquina*. Eso lo tienen claro los gobernantes, economistas y *job creators* alrededor del mundo: de su continuo funcionamiento depende el orden de cosas que los privilegia. Pero al individuo de a pie también le cuesta pensar, o derechamente teme pensar, que algo así realmente pueda ocurrir: ¿qué clase de mundo sería ese? ¿Cómo es siquiera posible una vida sin salario?

Este es el dilema más punzante que impone la pandemia sobre nuestra vida cotidiana, cual golpe seco sobre la mesa: economía o vida. La contradicción acecha a la humanidad hace siglos pero hoy se nos presenta por primera vez en la historia como un terremoto de escala planetaria. Estamos siendo testigos de un cambio profundo, ¿qué posibilidades hay de que la humanidad se transforme en protagonista de ese cambio poniendo fin a la inercia que nos empujó hasta el límite en primer lugar?^[i]

Los expertos apuran los cálculos científicos y afilan sus plumas para el próximo *best seller*, pero la situación no admite proyecciones simplistas ni especulaciones elaboradas, todo está por verse. Quizá esa es una de las razones por las que esta crisis aparece como la más catastrófica del último siglo: por primera vez la infraestructura del sistema se ve amenazada de manera global y simultánea.

Puede que esta gripe esté matando menos personas alrededor del mundo en tres meses que una campaña militar en Siria en un par de semanas, pero su impacto expone en tiempo real la incapacidad de los gobiernos, incluso lo más ricos y poderosos, para salvaguardar vidas sin poner en riesgo la máquina económica que sostiene al mundo en su lenta agonía. Esa agonía ya no es una realidad ajena para nadie. En una civilización acostumbrada a la guerra en todas sus formas, donde el cambio climático es un problema heredable a las generaciones siguientes, la pandemia llega como un shock que nos recuerda abrupta y violentamente no dejar para mañana lo que podemos hacer hoy.

Es evidente que el verdadero problema no es la cantidad de vidas que pueda cobrar esta crisis, de otra forma no se explica que ninguno de los genocidios del tercer mundo en los últimos 30 años haya causado tanto horror y pánico globalizado como el de hoy. Es más, en China las cuentas son confusas. Primero se observó que era posible que dada la reducción drástica en los niveles de CO₂ en el país, la pandemia indirectamente haya salvado más vidas de las que ocasionó directamente. Pero luego se habló también de que la cifra de 250.000 muertes por accidentes de tránsito al año^[ii] ya se había visto considerablemente disminuida gracias a la reducción del tráfico. A esto habría que agregar quienes *no* murieron en accidentes laborales, etc. Entrar en la matemática de los obituarios, en todo caso, es innecesario.

Lo que resulta enigmático de esta repentina pero anunciada crisis mundial es que una forma de vida entera pueda colapsar a pesar de que su base material no haya sido afectada. No deja de sorprender, por ejemplo, el hecho de que, aunque toda la infraestructura de desplazamientos aéreos esté prácticamente intacta —todos los aeropuertos y aviones funcionando, toda la tecnología y logística disponible, etc.— baste con un par de semanas de interrupción de los flujos normales de pasajeros para que todo el sistema esté al borde de la quiebra. Esta es la naturaleza gaseosa y efímera de la existencia bursátil a la que nos condenó Occidente poniendo el dinero al centro de toda la vida; un mundo en el que *todo lo sólido se desvanece en el aire*^[iii].

Con impotencia y un profundo sentimiento de haber sido robados lxs rehenes de las AFP chilenas^[iv] hoy están viendo cómo sus ahorros de la vida se evaporan en el aire digital. *El verdadero crimen no es robar un banco, sino fundarlo. ¿Qué es la inflación? ¿Cómo se regula la producción de dinero? ¿Qué es el valor? ¿Qué es una mercancía?* Este es el tipo de preguntas que funcionan como base para cualquier investigación sobre la volatilidad de los mercados. Pero ninguna explicación va a volver a llenar los fondos de lxs pensionadxs. Y, más importante aún, ninguna riqueza virtual se compara con la riqueza concreta de una vida digna y libre. Como se señaló ya hace rato el asunto no es *interpretar* el mundo, sino *transformarlo*.

Los mismos CEOs que hasta hace poco declaraban interdicto al Estado ahora retroceden con la cola entre las piernas: sólo la estructura política y militar que gestionan los gobiernos del mundo puede mantener su barco a flote. En esta escena nos recuerdan que Capital y Estado son dos caras de la misma moneda patriarcal.

Pero la situación ya no da para más. Luego de siglos y siglos de confusión y miseria, de violencia naturalizada y de formas de producción social fundamentalmente auto-destructivas, la tripulación tiene más esperanzas en el naufragio que en cualquiera de las ingeniosas ofertas con las que los capitanes intentan mantener su empresa a flote. La insurrección de la vida cotidiana se vislumbra cada vez en más partes del mundo como la única vía de escape del patíbulo. Transformar lo *inconsciente* en *consciente*, dirían los surrealistas junto al psicoanálisis.

La incompatibilidad entre economía y vida hoy es flagrante, sólo la neurosis la mantiene fuera de vista. ¿Pero cómo lidiar con esta neurosis cegadora en el contexto de pánico y terror que generan los medios de comunicación y la sociedad de control? ¿En el contexto de un “aislamiento social” programado para inocular nuevas cepas de TICs y TOCs que brotarán una vez que termine la cuarentena y quizá nos acompañen hasta la muerte? Después de todo, sabemos que la vida desdoblada y proyectada en internet no es más que una forma sofisticada del *fetichismo de la mercancía*, de nuestra *uni-dimensionalidad*.

Quedarse en casa es una opción saludable para quienes la casa es un lugar seguro, o tienen casa del todo. ¿Quién se cuenta dentro de esta minoría? Superar el profundo trauma que va a significar la experiencia de esta pandemia no depende de la eficiencia y buena voluntad de los gobernantes, que hoy vemos con impotencia cómo nos sacrifican: para ellos era más conveniente fabricar armas que respiradores mecánicos.

El virus nos obliga a mantener distancia entre los cuerpos para mantenernos con vida. Pero esa misma distancia nos recuerda en la práctica que son las relaciones sociales reales, el apoyo mutuo, la solidaridad y la consciente interacción con

nuestro entorno lo que puede salvarnos de la catástrofe. Una vez más tenemos la vida por delante dándonos la oportunidad de ser humildes y empezar de nuevo.

21 de Marzo de 2020

Notas:

^[i] Así como hay científicos que niegan el calentamiento global y otros que no, mientras algunos científicos se apuraron en indicar a los folidos y murciélagos como causantes del virus otros aseguran que la verdadera causa es el asalto humano al medio-ambiente y sus efectos sobre estas especies.

^[ii] Según la OMS en 2018 se registraron alrededor de 256.000 muertes relacionadas a accidentes de tránsito.

^[iii] La famosa descripción que realizó Marx acerca de la sociedad de la mercancía, y que Marshall Berman transformó en el título de su historia acerca de otro tipo de virus contemporáneo: la gentrificación.

^[iv] Una de las tantas gemas del experimento neoliberal en Chile, un sistema de pensiones cuyos afiliados, reclutados a la fuerza por el Estado, ponen sus ahorros a disposición de los mercenarios de la especulación financiera.

Enviado desde Chile para su publicación en *Comunizar* por RB / 2&3Dorm

EL DERRAPE DE GIORGIO AGAMBEN SOBRE EL CORONAVIRUS

Las intervenciones del filósofo italiano son sintomáticas del colapso de la teoría en paranoia

La incertidumbre sin precedentes en medio de la pandemia de coronavirus ha diezmado nuestros planes cuidadosamente establecidos y ha perturbado nuestras mentes al mismo tiempo. La ansiedad se manifiesta en una incapacidad total para concentrarse; nuestros esfuerzos para «trabajar desde casa» se consumen en gran medida mirando fijamente Twitter, las páginas de inicio de *The New York Times* y *The Guardian*, y publicaciones medianas repletas de gráficos incomprensibles y consejos dudosos. Creemos que estas circunstancias no requieren más modelos epidemiológicos, sino filosofía. La pregunta -«¿Qué debo hacer?»- es, después de todo, una variante de la primera pregunta filosófica, a saber, “¿cómo debo vivir?”

Justo a tiempo, llega alguien aparentemente adecuado para la tarea. El filósofo y teórico cultural italiano Giorgio Agamben ha servido durante mucho tiempo

como un modelo de cómo la reflexión filosófica puede ayudarnos a evaluar las implicaciones morales de las catástrofes de un orden que la mente apenas puede comprender, sobre todo el Holocausto. Es especialmente conocido por su trabajo sobre la historia intelectual y política del concepto mismo de «vida», y la amenaza que la soberanía política le plantea.

En dos textos cortos (el primero, «El estado de excepción provocado por una emergencia desmotivada», un artículo para el diario italiano *Il manifesto*, traducido al inglés y publicado por la revista *Positions Politics*; la segunda, «Aclaraciones», publicado originalmente en italiano (en castellano se puede leer aquí), Agamben trae su aparato conceptual característico para influir en la respuesta global a la pandemia de coronavirus. Las medidas de emergencia para la «supuesta epidemia de coronavirus», escribe, son «frenéticas, irracionales y absolutamente injustificadas». El coronavirus, insiste Agamben (¡en los últimos días de febrero!) Es «una gripe normal, no muy diferente de las que nos afectan cada año».

Como la mayoría de los lectores ya habrán aprendido, incluso bajo las estimaciones más conservadoras, la tasa de mortalidad por coronavirus es 10 veces mayor que la de la gripe común: 1 por ciento a la 0.1 por ciento de la gripe común. Pero, después de todo, lo que le importa a Agamben no es la situación empírica sino la política. Y aquí encontramos a Agamben en forma clásica. El verdadero «estado de excepción» y, por lo tanto, la verdadera amenaza, no es la enfermedad en sí. Es el «clima de pánico» que «los medios de comunicación y las autoridades» han creado en torno a la enfermedad, lo que permite al gobierno introducir restricciones extremas al movimiento, la congregación y la sociabilidad ordinaria sin las cuales nuestra vida diaria y nuestro trabajo se convierten rápidamente en irreconocibles.

Los aislamientos y las cuarentenas son, de hecho, una manifestación más de «la creciente tendencia a utilizar el estado de excepción como un paradigma de gobierno normal». El gobierno, nos recuerda, siempre prefiere gobernar con medidas excepcionales. En caso de que se pregunte cuán literalmente estamos destinados a tomar esta parte de la teoría crítica de la conspiración, agrega que «una vez que el terrorismo se agotó como justificación», lo mejor es «inventar una epidemia».

Como un presentador desconcertado de *Fox News*, Agamben concluye que las prohibiciones de viaje, la cancelación de eventos públicos y privados, el cierre de instituciones públicas y comerciales y la aplicación de cuarentena y vigilancia son simplemente «desproporcionadas»: un costo demasiado alto para protegerse de una enfermedad ordinaria más.

En una respuesta ampliamente difundida, el filósofo francés Jean-Luc Nancy, que identifica a Agamben como un «viejo amigo», se opone al argumento de Agamben en cuanto al gobierno como el único culpable de la crisis, pero reconoce su argumento general sobre los peligros de un perpetuo estado de

existencia en pánico: «toda una civilización está involucrada, no hay duda al respecto». Sin embargo, la parte más notable de la respuesta de Nancy es su nota final: «Hace casi treinta años, los médicos decidieron que necesitaba un trasplante de corazón. Giorgio fue uno de los pocos que me aconsejó que no los escuchara. Si hubiera seguido su consejo, yo probablemente habría muerto muy pronto. Es posible cometer un error «.

Nancy tiene razón: se pueden cometer errores. Pero, ¿se clasifica correctamente como un error el escepticismo dogmático de Agamben hacia la intervención institucional de todo tipo? ¿O un hábito intelectual se ha convertido en una compulsión patológica? De cualquier manera, la pequeña anécdota personal de Nancy revela lo que está en juego en la polémica posición de Agamben, aplicada al mundo real: la vida de los seres queridos, especialmente los viejos y vulnerables.

No es que Agamben permita que las palabras de su viejo amigo, sin mencionar la devastación que ha continuado asolando Italia, afecten su confianza. La muerte de cientos de italianos por día parece haber endurecido su determinación.

En su segundo texto, titulado simplemente «Aclaraciones», Agamben reconoce que una epidemia está sobre nosotros, dejando atrás las afirmaciones empíricas engañosas. (Bueno, casi, y vale la pena señalar la excepción: Agamben afirma que «Ha habido epidemias más graves en el pasado, pero nadie pensó por ese motivo declarar un estado de emergencia como el actual, que nos impide incluso el movimiento»). Esto es falso. Como padrino intelectual de Agamben, Michel Foucault, detalla en *Vigilar y castigar*, que ya en el siglo XVII, los preparativos para la plaga incluían la restricción completa del movimiento entre y dentro de las ciudades de Europa: «Cada individuo está fijo en su lugar . Y, si se muda, lo hace a riesgo de su vida, contagio o castigo»). En su mayor parte, Agamben enfoca su aclaración en otra objeción de principios a las medidas draconianas implementadas en todo el mundo: ¿cuánto sacrificio es demasiado?

Agamben observa correctamente que la cuestión de la proporcionalidad de la respuesta no es científica: es moral. Y la respuesta no es obvia. Aquí, al menos, Agamben llega a una pregunta seria. Este es exactamente el tipo de pregunta que esperábamos que el humanista pudiera ayudarnos a responder.

La forma de abordarlo de Agamben se enmarca en una distinción entre «vida desnuda», nuestra supervivencia biológica, y algo que él tiene en mayor consideración; llámalo vida social o ética. «Lo primero que la ola de pánico que paralizó al país obviamente muestra es que nuestra sociedad ya no cree en nada más que en la vida desnuda», observa. En nuestro pánico histérico, ejerciendo esfuerzos hercúleos para evitar daños físicos, nos hemos hecho vulnerables a la pérdida de un orden mucho más alto: sacrificar nuestro trabajo, amistades, familias extendidas, ritos religiosos (primero entre ellos, funerales) y compromisos políticos. De esta manera, podríamos preservarnos biológicamente, pero habremos eliminado en el proceso cualquier cosa que le dé sentido a la vida, que haga que valga la pena vivirla.

Además, el enfoque exclusivo en la supervivencia a cualquier costo, en la preservación de la «vida desnuda», no solo constituye una derrota espiritual por derecho propio, sino que nos vuelve uno contra el otro, amenazando la posibilidad de relaciones humanas significativas y por lo tanto apariencia de «sociedad»: «La vida desnuda, y el peligro de perderla, no es algo que une a las personas, sino que las ciega y las separa». La paranoia nos lleva a ver a otros seres humanos «únicamente como posibles propagadores de la plaga», para evitarlos a toda costa. Tal estado, donde todos nos dedicamos a una batalla contra un enemigo dentro de nosotros, al acecho en cualquier otra persona, es «en realidad, una guerra civil». Las consecuencias, predice Agamben, serán sombrías y durarán más que la epidemia. Él concluye:

Así como las guerras han dejado como legado a la paz una serie de tecnología desfavorable, desde el alambre de púas hasta las centrales nucleares, también es muy probable que uno intente continuar incluso después de los experimentos de emergencia sanitaria que los gobiernos no lograron llevar a realidad antes: cerrar universidades y escuelas y hacer lecciones solo en línea, poner fin de una vez por todas a reunirse y hablar por razones políticas o culturales e intercambiar solo mensajes digitales entre ellos, siempre que sea posible, sustituyendo máquinas por cada contacto, cada contagio, entre los seres humanos.

Para ser claros, Agamben tiene razón en que los costos que estamos pagando son extremadamente altos: la respuesta a la epidemia exige grandes sacrificios de nosotros como individuos y de la sociedad en general. Además, y dejando de lado la paranoia conspirativa, existe un riesgo real de que el virus disminuya la resistencia pública a las medidas políticas que amenazan el autogobierno democrático: un mayor uso de la vigilancia, la expansión de los poderes ejecutivos y restricciones a la libertad de movimiento y asociación.

Sin embargo, observar los costos potenciales es la parte fácil. Lo que es mucho más difícil y mucho más peligroso, es tener claro qué es exactamente lo que estamos sacrificando. Agamben tiene razón en que una vida dedicada exclusivamente a nuestra propia supervivencia biológica es una vida humana solo de nombre, y que elegir voluntariamente tal vida no es simplemente un sacrificio personal sino una forma de autolesión moral de toda la sociedad. ¿Pero es esto realmente lo que estamos haciendo?

Por supuesto, hay quienes se niegan a inclinarse ante las recomendaciones de las autoridades: las vacaciones de primavera de Florida, los rastreadores de bares de St. Paddy's Day. ¿Son estos los héroes morales que Agamben está pidiendo? Mientras tanto, aquellos de nosotros que, con el corazón oprimido, hemos abrazado las restricciones a nuestras libertades, no solo apuntamos a nuestra propia supervivencia biológica. Hemos acogido con beneplácito las diversas limitaciones institucionales en nuestras vidas (de hecho, a veces esperamos que nuestros gobiernos las introdujeran antes), y hemos instado a nuestros amigos y familiares (¡especialmente a nuestros obstinados padres!) A hacer lo mismo, no a

evitar «el peligro de enfermarnos», no por el bien de nuestra vida desnuda, y de hecho no por el bien de la vida desnuda de los demás, sino por un imperativo ético: ejercer los enormes poderes de la sociedad para proteger a los vulnerables, sean ellos nuestros seres queridos unos u otros.

Estamos haciendo todo esto, en primer lugar, por nuestros semejantes: nuestros padres, nuestros abuelos y todos aquellos que, a fuerza del destino, son frágiles. Nada podría estar más lejos de nuestras mentes que el mantenimiento de su «vida desnuda»: nos preocupamos por estas personas porque son nuestros parientes, nuestros amigos y los miembros de nuestra comunidad.

Mi prometido y yo cancelamos nuestra boda de verano la semana pasada. Lo hicimos para que nuestros invitados, incluido el padre de alto riesgo de mi pareja, pudieran asistir en alguna fecha posterior a la celebración social de nuestra decisión de unir nuestras vidas. Ahora estamos encerrados en nuestro apartamento, «aislados», para que podamos visitar a su padre, más tarde, sin poner en peligro su salud, si alguna vez regresamos a Londres. Con suerte, todos podremos celebrar esa boda juntos un día después de todo. Con suerte, nuestros hijos algún día conocerán a su abuelo. Agamben lamenta que estamos sacrificando «relaciones sociales, trabajo, incluso amistades, afectos y convicciones religiosas y políticas» por «el peligro de enfermarse». Pero no estamos haciendo sacrificios en aras de la mera supervivencia de nadie. Nos sacrificamos porque compartir nuestras alegrías y dolores, nuestros esfuerzos y nuestro tiempo libre con nuestros seres queridos, jóvenes y viejos, enfermos y saludables, es la esencia de estas llamadas «condiciones normales de vida».

«¿Qué es una sociedad», pregunta Agamben, «que no tiene otro valor que la supervivencia?» Bajo ciertas circunstancias, esta es una buena pregunta. En estas circunstancias, es ciego. ¿Es esta la sociedad en la que Agamben cree que está viviendo? Cuando este filósofo mira a su alrededor, ¿realmente no ve nada más que la lucha por la «vida desnuda»? Si es así, la «aclaración» de Agamben puede ser reveladora de una manera que no había querido. Podríamos considerarlo como un ejemplo muy lúcido de «teoría desnuda»: el disfrazar la jerga anticuada como una forma de resistencia valiente al dogma moral irreflexivo. A veces es aconsejable retrasar el despliegue de la pesada maquinaria teórica hasta que uno haya mirado alrededor. Si buscamos sabiduría sobre cómo vivir hoy, deberíamos buscar en otro lado.

Anastasia Berg

Investigadora Junior en Filosofía en la Universidad de Cambridge y editora en The Point.

Este artículo es parte del Diario de cuarentena de The Point.

Fuente The chronicle of higher education. Traducción al castellano para *Comunizar*: Catrina Jaramillo

CORONAVIRUS: REPORTE DE CHILE

Compañerxs:

Luego de cinco meses de avances y resistencia, nuestra comunidad de lucha se enfrenta hoy a un nuevo reto. La llegada de la pandemia global al territorio chileno anuncia el cierre de una etapa y el inicio de otra para la insurrección en curso.

La crisis mundial se agudiza, y junto a ella emergen las posibilidades de deshacernos de una vez por todas de los lastres que nos han arrastrado a este abismo. Sabemos que la solidaridad reencontrada al calor de la insurrección ofrecerá sus frutos nuevamente.

Nosotrxs nos volveremos a disolver en la masa insurrecta de la que brotamos y volveremos a brotar.

Hasta entonces: ¡Amor y lucha!

Coronavirus: Reporte de Chile

La pandemia no detendrá la rebelión: será la rebelión la que termine con la pandemia que los Estados del mundo administran.

Esa pandemia tiene varios nombres: patriarcado, capitalismo, dinero, trabajo asalariado, incluso poder, economía política, ilustración, religión, plaga emocional, estupidez, etc. Es la enfermedad que divide y separa a la humanidad en clases, razas, naciones, estratos, privilegiados y desafortunados, nobles ricos y pobres diablos, izquierdas y derechas, etc.

Los Estados, que en las últimas décadas habían pasado de moda, hoy hacen una re-aparición triunfal. Son sus estructuras políticas y militares las únicas que pueden garantizar que las pérdidas no sean totales para los funcionarios del capital. Pero la burbuja esta vez les explotó en la cara.

De un momento a otro, como por acto de magia, los gobiernos del primer mundo nacionalizan empresas, suspenden el pago de cuentas de servicios básicos, aseguran un ingreso universal mínimo a lxs proletarixs, todxs son liberadxs del acuartelamiento escolar o laboral, etc. En el tercer mundo son los grandes capos de los bancos los que salen a condonar deudas, mientras que algunos sindicatos arreglan una rebaja del 50% del sueldo de sus afiliados y los gerentes sacrifican un 25% del suyo. Todo sea por superar esta crisis.

Las medidas parecen coincidir con el nivel de terrorismo mediático y político que presenta esta como la peor catástrofe de los últimos siglos a pesar de que el mundo ha visto situaciones mucho peores, como la muerte de 50 millones de personas de “gripe española” luego de la primera guerra mundial o los 20 millones de yemeníes que actualmente mueren de hambre. ¿Temerá perder su hegemonía Occidente?

La unidad a la que llaman, como siempre, es falsa. Funciona solo mientras gestionan el “aislamiento social” que tantos costos les trae pero que tan conveniente les resulta, al mismo tiempo, frente a una población fundamentalmente indefensa luego de siglos de precarización y empobrecimiento.

Dado que las necesidades de la producción de mercancías nos fuerzan a reunirnos, aunque por mandato nos llaman a aislarnos, los políticos se esfuerzan en que ahora, y de una vez por todas, se instaure la mediación definitiva de la abstracción vía el internet: teletrabajo, teleducación, telesociabilidad. La pandemia capitalista, hoy disfrazada de “crisis sanitaria”, abre la posibilidad de correr el cerco del dominio de la vida cotidiana haciéndola incluso más estrecha y confinándola al campo de lo digital.

Pero esta crisis mundial no pilló de rodillas ni desprevenido al pueblo que habita el territorio ocupado por el Estado chileno. Lo pilló en pie: sabemos perfectamente que esta crisis no es producto de un nuevo tipo de gripe, sino más bien que el nuevo tipo de gripe es resultado de sus industrias productoras de muerte.

Los expertos apuran sus juicios y culpan de la propagación del virus a la globalización, a los hospitales públicos sin presupuesto, a un “rastros de salvajismo” de los chinos que comen “cosas raras” y trafican especies exóticas, al aumento de la población que supuestamente demanda la destrucción de los ecosistemas globales, lo que a su vez empuja a los animales, vectores de virus que pueden matarnos, a estar más cerca de los humanos, etc. El neurótico es ciego a lo obvio.

Las condiciones materiales que genera la producción industrial, y que vuelven a todo el mundo vulnerable a la catástrofe, están en el origen de esta crisis. En estas latitudes explotan glaciares y desertifican regiones completas; venden el agua y transforman la vivienda en un problema existencial; aniquilan toda la vida del fondo marino y gestionan la salud como un Cartel; hacen de la educación un chiste negro; saquean el territorio entero y vuelan los ojos, matan o encarcelan a quien quiera rebelarse contra esta miseria. Todo el territorio es una “zona de sacrificio”, incluidos sus supuestos sectores privilegiados que viven encandilados por el dinero.

La trama se vuelve aún más espesa. El Poder debe impedir que la pandemia haga explotar su infraestructura y, a la vez, debe aprovechar el tiempo-fuera para montar su show de la normalidad nuevamente. Pero esta vez no hay ninguna garantía de que podrá lograrlo: la situación global impide cualquier certeza respecto del estado de salud de la bestia moribunda. Estamos siendo testigos de una de sus últimas sacudidas, y con ella toda nuestra vida está cambiando más rápido que nunca. Pareciera que todo lo que se necesita es una gran carcajada para abatirla.

Así, mientras las bolsas del mundo se desploman y los grandes empresarios corren a saquear al Estado para que mantenga a flote sus capitales paralizados por la reducción de los actos de compra-venta, esta crisis ha realizado algo que jamás podría haber logrado todo el lobby político: la dramática reducción, aquí y ahora, de las emisiones de gases de efecto invernadero. Solo en China, el freno de la actividad económica de los últimos meses llevó a una disminución equivalente al 6% de las emisiones mundiales. Los expertos, moralmente confundidos, afirman: “parece que esta crisis sanitaria a largo plazo logrará salvar más vidas de las que está quitando”.

Quieren hacernos tragar la píldora de la emergencia —que para nosotrxs es la norma—, intentan separarnos, inyectarnos el miedo del individualista que prefería ahogar las penas en ofertas. Serán las redes de apoyo mutuo las que podrán responder a esta crisis de una forma que erradique para siempre el poder y la legitimidad de los administradores políticos y económicos del mercado, acabando con el modo de reproducción social que los hace necesarios.

Ahora que los escombros de la economía y la política crecen frente a nuestros ojos hasta el cielo, ahora que ha caído el decorado de la vida cotidiana y aterrizamos forzosamente en nuestra existencia para contemplar, ya sin posibilidades de distracción, el estado al que nos ha arrojado la inercia del dinero, se nos presenta una oportunidad única: o nos dejamos aplastar por la basura de una civilización arruinada o nos dejamos llevar por la vida que brota gratuita y profusamente allí donde se desnaturaliza, en los actos, las condiciones existenciales del empobrecimiento soportado en silencio.

La lucha por la liberación saca su fuerza no de la visión del futuro, sino de la visión del pasado. Y ese pasado que tenemos frente a nosotros apesta. Su pestilencia insensibilizó nuestros sentidos durante mucho tiempo. ¿No sería absurdo esperar que los zombies que nos arrojaron a este estado de putrefacción nos lancen un salvavidas?

Todo está por hacerse. Podemos construir en el reverso de las ruinas una vida guiada por la satisfacción inmediata de las necesidades humanas y, al hacerlo, recrear nuestros entornos sacrificados a la acumulación ciega de riqueza abstracta.

El despertar de octubre ha sido la lucha de un pueblo reavivada cada día por salir de este trance, de la pesadilla de lo que sucede y ha sucedido:

No volveremos a la normalidad, porque la normalidad era el problema.

Enviado a *Comunizar* por: *Evade Chile*, 19 de marzo de 2020

EL CORONAVIRUS COMO DECLARACIÓN DE GUERRA

Santiago López Petit

Por la mañana me lavo las manos a conciencia. Así consigo olvidar los ojos arrancados por la policía en Chile, Francia o Irak. Antes de comer, me vuelvo a lavar las manos con un buen desinfectante para olvidar a los migrantes amontonados en Lesbos. Y, por la noche, me lavo nuevamente las manos para olvidar que, en Yemen, cada diez minutos, muere un niño a causa de los bombardeos y del hambre. Así puedo conciliar el sueño. Lo que sucede es que no recuerdo por qué me lavo las manos tan a menudo ni cuando empecé a hacerlo. La radio y la televisión insisten en que se trata de una medida de autoprotección. **Protegiéndome a mí mismo, protejo a los demás.** Por la ventana entra el silencio de la calle desierta. Todo aquello que parecía imposible e inimaginable sucede en estos momentos. Escuelas cerradas, prohibición de salir de casa sin razón justificada, países enteros aislados. La vida cotidiana ha volado por los aires y ya sólo queda el tiempo de la espera. Fue bonito oír ayer por la noche los aplausos que la gente dedicaba al personal sanitario desde sus balcones.

Permanecemos encerrados en el interior de una gran ficción con el objetivo de salvarnos la vida. Se llama movilización total y, paradójicamente, su forma extrema es el confinamiento. “La mayor contribución que podemos hacer es ésta: no se reúnan, no provoquen caos”, afirmaba un importante dirigente del Partido Comunista Chino. Y un mosso que vigilaba ayer Igualada añadía: “Recuerde que, si entra en la ciudad, ya no podrá volver a salir”, mientras le comentaba a un compañero: “el miedo consigue lo que no consigue nadie más”. Pero la gente muere, ¿verdad? Sí, claro. Sucede, sin embargo, que la naturalización actual de la muerte cancela el pensamiento crítico. Algunos ilusos hasta creen en ese nosotros invocado por el mismo poder que declara el estado de alarma: “Este virus lo pararemos juntos”. **Pero solamente van a trabajar y se exponen en el metro aquellos que necesitan el dinero imperiosamente.**

Cada sociedad tiene sus propias enfermedades, y dichas enfermedades dicen la verdad acerca de esta sociedad. Se conoce demasiado bien la interrelación entre la agroindustria capitalista y la etiología de las epidemias recientes: el capitalismo desbocado produce el virus que él mismo reutiliza más tarde para controlarnos. Los efectos colaterales (despolitización, reestructuraciones, despidos, muertes, etc.) son esenciales para imponer un estado de excepción normalizado.

El capitalismo es asesino, y esta afirmación no es consecuencia de ninguna afirmación conspiranoica»

Se trata simplemente de su lógica de funcionamiento. Drones y controles policiales en las calles. El lenguaje militarizado recuerda el de los manuales de la contrainsurgencia: “En la guerra moderna, el enemigo es difícil de definir. El límite entre amigos y enemigos se halla en el interior mismo de la nación, en una misma ciudad, y en ocasiones dentro de la misma familia” (Biblioteca del Ejército de Colombia, Bogotá, 1963). Recuerden: la mejor vacuna es uno mismo. Esta coincidencia no es extraña, ya que la movilización total es sobre todo una guerra, y la mejor guerra —porque permanece invisible— es aquella que se libra en nombre de la vida. He aquí el engaño.

Si la movilización se despliega como una guerra contra la población es porque su único objetivo consiste en salvar el algoritmo de la vida, lo cual, por descontado, nada tiene que ver con nuestras vidas personales e irreductibles, que bien poco importan. La “mano invisible” del mercado ponía cada cosa en su sitio: asignaba recursos, determinaba precios y beneficios. Humillaba. Ahora es la Vida, pero la Vida entendida como un algoritmo formado por secuencias ordenadas de pasos lógicos, la que se encarga de organizar la sociedad. Las habilidades necesarias para trabajar, aprender y ser un buen ciudadano se han unificado. Éste es el auténtico confinamiento en que estamos recludos. Somos terminales del algoritmo de la Vida que organiza el mundo. Este confinamiento hace factible el Gran Confinamiento de las poblaciones que ya tiene lugar en China, Italia, etc. y que, poco a poco, se convertirá en una práctica habitual a causa de una naturaleza incontrolable. El Gobierno se reestataliza y la decisión política regresa a un primer plano. **El neoliberalismo se pone descaradamente el vestido del Estado guerra. El capital tiene miedo.** La incerteza y la inseguridad impugnan la necesidad del mismo Estado. La vida oscura y paroxística, aquello incalculable en su ambivalencia, escapa al algoritmo.

19 de marzo de 2020

Fuente: Critic, traducción en castellano: [comitedisperso](#)

POR CORONAVIRUS EL EZLN CIERRA CARACOLES Y LLAMA A NO ABANDONAR LAS LUCHAS ACTUALES

Llamamos a no perder el contacto humano, sino a cambiar temporalmente las formas para sabernos compañeras, compañeros, compañeras, hermanas, hermanos, hermanas. La palabra y el oído, con el corazón, tienen muchos caminos, muchos modos, muchos calendarios y muchas geografías para encontrarse. Y esta lucha por la vida puede ser uno de ellos.»

COMUNICADO DEL COMITÉ CLANDESTINO REVOLUCIONARIO INDÍGENA-COMANDANCIA GENERAL DEL EJÉRCITO ZAPATISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL. MÉXICO.

16 de marzo de 2020.

AL PUEBLO DE MEXICO:

A LOS PUEBLOS DEL MUNDO:

AL CONGRESO NACIONAL INDÍGENA – CONCEJO INDÍGENA DE GOBIERNO:

A LA SEXTA NACIONAL E INTERNACIONAL:

A LAS REDES DE RESISTENCIA Y REBELDÍA:

HERMANAS, HERMANOS, HERMANOS:

COMPAÑEROS, COMPAÑERAS, COMPAÑEROS:

LES COMUNICAMOS QUE:

CONSIDERANDO LA AMENAZA REAL, COMPROBADA CIENTÍFICAMENTE, PARA LA VIDA HUMANA QUE REPRESENTA EL CONTAGIO DEL COVID-19, TAMBIÉN CONOCIDO COMO “CORONAVIRUS”.

CONSIDERANDO LA FRÍVOLA IRRESPONSABILIDAD Y LA FALTA DE SERIEDAD DE LOS MALOS GOBIERNOS Y DE LA CLASE POLÍTICA EN SU TOTALIDAD, QUE HACEN USO DE UN PROBLEMA HUMANITARIO PARA ATACARSE MUTUAMENTE, EN LUGAR DE TOMAR LAS MEDIDAS NECESARIAS PARA ENFRENTAR ESE PELIGRO QUE AMENAZA LA VIDA SIN DISTINCIÓN DE NACIONALIDAD, SEXO, RAZA, LENGUA, CREENCIA RELIGIOSA, MILITANCIA POLÍTICA, CONDICIÓN SOCIAL E HISTORIA.

CONSIDERANDO LA FALTA DE INFORMACIÓN VERAZ Y OPORTUNA SOBRE EL ALCANCE Y GRAVEDAD DEL CONTAGIO, ASÍ COMO LA AUSENCIA DE UN PLAN REAL PARA AFRONTAR LA AMENAZA.

CONSIDERANDO EL COMPROMISO ZAPATISTA EN NUESTRA LUCHA POR LA VIDA.

HEMOS DECIDIDO:

PRIMERO.- DECRETAR LA ALERTA ROJA EN NUESTROS PUEBLOS, COMUNIDADES Y BARRIOS, Y EN TODAS LAS INSTANCIAS ORGANIZATIVAS ZAPATISTAS.

SEGUNDO.- RECOMENDAR A LAS JUNTAS DE BUEN GOBIERNO Y MUNICIPIOS AUTONÓMOS REBELDES ZAPATISTAS, EL CIERRE TOTAL DE LOS CARACOLES Y CENTROS DE RESISTENCIA Y REBELDÍA, DE FORMA INMEDIATA.

TERCERO.- RECOMENDAR A LAS BASES DE APOYO Y A TODA LA ESTRUCTURA ORGANIZATIVA SEGUIR UNA SERIE DE RECOMENDACIONES Y MEDIDAS DE HIGIENE EXTRAORDINARIAS QUE LES SERÁN TRASMITIDAS EN LAS COMUNIDADES, PUEBLOS Y BARRIOS ZAPATISTAS.

CUARTO.- ANTE LA AUSENCIA DE LOS MALOS GOBIERNOS, EXHORTAR A TODAS, A TODOS Y A **TODOAS**, EN MÉXICO Y EL MUNDO, A QUE TOMEN LAS MEDIDAS SANITARIAS NECESARIAS QUE, CON BASES CIENTÍFICAS, LES PERMITAN SALIR ADELANTE Y CON VIDA DE ESTA PANDEMIA.

QUINTO.- LLAMAMOS A NO DEJAR CAER LA LUCHA CONTRA LA VIOLENCIA FEMINICIDA, A CONTINUAR LA LUCHA EN DEFENSA DEL TERRITORIO Y LA MADRE TIERRA, A MANTENER LA LUCHA POR L@S DESAPARECID@S, ASESINAD@S Y ENCARCELAD@S, Y A LEVANTAR BIEN ALTO LA BANDERA DE LA LUCHA POR LA HUMANIDAD.

SEXTO.- LLAMAMOS A NO PERDER EL CONTACTO HUMANO, SINO A CAMBIAR TEMPORALMENTE LAS FORMAS PARA SABERNOS COMPAÑERAS, COMPAÑEROS, COMPAÑEROAS, HERMANAS, HERMANOS, HERMANOAS.

LA PALABRA Y EL OÍDO, CON EL CORAZÓN, TIENEN MUCHOS CAMINOS, MUCHOS MODOS, MUCHOS CALENDARIOS Y MUCHAS

GEOGRAFÍAS PARA ENCONTRARSE. Y ESTA LUCHA POR LA VIDA
PUEDE SER UNO DE ELLOS.
ES TODO.

Desde las montañas del sureste mexicano.

Por el Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del
Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

Subcomandante Insurgente Moisés.

México, marzo del 2020.

Original en *Enlace Zapatista*

COMUNIZAR

www.comunizar.com.ar

Edición: 29 de marzo de 2020